

UNA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA SOBRE EL 98*

José Luis MARTÍNEZ SANZ
Universidad Complutense de Madrid

Introducción

EL origen de mis trabajos sobre el 98 se inscribe en el contexto académico e institucional. Tras la experiencia de lo ocurrido en 1992 con motivo del V Centenario del Descubrimiento de América, y ante la proximidad del I Centenario de lo que en la historiografía española se conoce como *El desastre del 98*, en 1995 se planteó en nuestro Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid la conveniencia de hacer estudios serios sobre lo que el 98 supuso para España, y con este propósito realizamos unas jornadas en las que diversos historiadores universitarios disertaron sobre los efectos de aquellos sucesos; fruto de ello fue un libro que el Departamento editó dos años después¹. Posteriormente, la propia Universidad Complutense quiso que aquel hecho tan decisivo se conmemorase institucionalmente, y encargó a mi Departamento la organización de un Congreso Internacional específico sobre dicho tema.

* Como prolongación de las que se realizaron el pasado año con evidente éxito científico, estas Jornadas sobre Historia Militar versan sobre las edades Media, Moderna y Contemporánea. Varios profesores han explicado cumplidamente sus trabajos sobre temas militares durante las edades Media y Moderna respectivamente, y me corresponde exponerles a ustedes el mío sobre un tema de la Edad Contemporánea. Pero deseo hacer una precisión que considero de justicia: ni yo soy tan prestigioso o experto como ellos, ni mi trabajo merece tanto reconocimiento como los suyos.

¹ FUSI AIZPURÚA, J.P. y NIÑO RODRÍGUEZ, A.(eds.): *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.

También en este caso, en 1999 apareció otro libro² que recogía las aportaciones allí expuestas.

Pero la conmemoración de la guerra con los EE.UU. en 1898 superó el ámbito académico y la voluntad del Gobierno español la convirtió en institucional al crear una comisión que promoviera en toda España una serie de actos, exposiciones y otros eventos culturales relativos al tema. Como resultado de esta actividad institucional, desde diversos ministerios y centros administrativos se hicieron diferentes congresos y encuentros *sobre el desastre del 98* y sobre España y Cuba en aquellos años. Aquellos actos fueron tantos y tan numerosos que casi oscurecieron la conmemoración (en ese mismo año 1998) del cuarto centenario de la muerte de Felipe II, quizás el mejor rey que España haya tenido en toda su historia.

En 1998 toda España se llenó de eventos, algunos de alto nivel científico y otros realizados al capricho de líderes o partidos políticos del lugar. Yo mismo acudí a varios de ellos, unas veces como asistente y otras como participante; por eso, y con toda honradez, puedo decirles que el Congreso Internacional que organizó la CEHISMI³ fue de los mejores y más serios que se celebraron ese año. En contraposición, puedo comentarles que estuve presente en alguno en el que extrañamente se evidenciaba cierta tendencia a la exaltación de los cubanos, paralelamente a la (ya clásica) crítica severa a la «cruel» actuación del general Weyler y de los militares españoles, lo que me llamó profundamente la atención: tales actitudes no sólo revelaban la permanencia de viejos prejuicios y cierta mala voluntad, sino el triunfo de la ignorancia y la malicia sobre el conocimiento y la veracidad. Sin embargo, a mi modesto entender, éstas son justamente las características que debería cultivar todo intelectual y todo miembro del ámbito académico, al que yo mismo pertenezco; pero es sabido que en nuestros días triunfan la propaganda y la frivolidad sobre la verdad, el debate y la crítica constructiva.

Por mi parte, ya desde 1994 quise contribuir con mi estudio y trabajo al esfuerzo de los demás estudiosos por reflexionar sobre aquellos hechos y replantear su tratamiento y su formulación al cabo de los cien años transcu-

² RUIZ-MANJÓN, O. y LANGA, A.(eds.): *Los significados del 98. La sociedad española en la génesis del siglo XX*. Madrid, Biblioteca Nueva-UCM, 1999.

³ CEHISMI son las siglas de la *Comisión Española de Historia Militar*, que celebró en marzo de 1998 un Congreso Internacional con el título «1898: *Ejército y Armada*», de gran entidad por los contenidos de ponencias y comunicaciones de especialistas españoles, norteamericanos, cubanos y filipinos. Sus intervenciones están recogidas en VV.AA.: *1898: Ejército y Armada. Actas del Congreso de 1998*. Madrid, CESEDEN, 2000.

rridos. Comentando con algunos colegas el tema y objetivo de sus investigaciones de cara a nuestra contribución personal a los congresos sobre el 98, observé que casi nadie estudiaba el hecho principal que centraba y daba sentido a todo lo demás: *la guerra*. Decidido a trabajar sobre ese aspecto central, ya orillado por los investigadores, acudí a los valiosos archivos y fondos del entonces *Servicio Histórico Militar*⁴. De este modo me sumergí durante varios meses en los microfilmes de los documentos militares sobre las operaciones en Cuba. Pude comprobar no sólo la riqueza y el valor documental y archivístico del *Servicio Histórico*, sino también la eficacia del servicio y las facilidades que —salvo el horario— nos daban a los investigadores. Sin embargo, también pude observar la escasa presencia de investigadores civiles y académicos, lo que atribuyo tanto al poco conocimiento que los estudiosos y profesores tienen de la riqueza y variedad de sus fondos, como a los prejuicios antimilitaristas que aún perduran en nuestro país. La única vez que coincidí allí con algunos colegas no era porque viniesen a investigar, sino a realizar «labores de despacho», buscando un militar que fuera historiador y rellenase con alguna ponencia o comunicación los actos que ellos preparaban.

Todo esto me iba mostrando cada vez más que, cien años después, la vieja obsesión contra los militares (tan despectiva como falsa e injusta) que ya en 1905 se expresara con tanta inquina en el *Cu-Cut*⁵, continuaba viva y vigente en nuestros días. Y quise investigar si tenía base real o era fruto de la propaganda, la maledicencia y el desconocimiento: por eso me centré en la guerra y en sus características. Una vez clarificado el objetivo, me propuse trabajar y reflexionar sobre tres *ámbitos* o aspectos militares del *desas-*

⁴ El antiguo *Servicio Histórico Militar*, bien conocido por los historiadores, cambió su nombre en 1998 por el actual de *Instituto de Historia y Cultura Militar* (en adelante se citará como *IHCM*). Debo aquí señalar con reconocimiento y gratitud que el origen de mi afición a los estudios militares proviene de la invitación que años atrás me había hecho uno de sus miembros, el difunto coronel Longinos Criado Martínez, quien se puso a mi disposición para enseñarme lo que precisase, tanto a mí como a los demás licenciados universitarios que conmigo trabajasen en tesis doctorales, tesinas e investigaciones sobre temas de historia militar.

⁵ El conocido chiste de Junceda en la revista catalana *Cu-Cut* molestó y ofendió a los militares que residían en la guarnición de Barcelona, que asaltaron e incendiaron sus locales el 25 de noviembre de 1905. Ciertamente, el periódico se refería al *Banquet de la Victoria*, un festín de catalanistas que celebraban su triunfo electoral en las elecciones municipales; pero su dibujante aprovechó aquel hecho para hacer un chiste hiriente contra el Ejército. Sobre los temas periodísticos, véase GONZÁLEZ MARTÍN, A.M.: «Prensa y militares en la última década del XIX», en *Gades*, n.º 23. Actas del Congreso Internacional 1898-1998. *Balance de un siglo*, Cádiz, Diputación Provincial, 1999, pp. 193-202.

tre del 98: la naturaleza y características de la guerra, la situación de los militares después de la guerra, y el concepto y contenidos de la Historia Militar como un género específico del estudio de la Historia.

CARACTERÍSTICAS DE LA GUERRA

En todo estudio histórico es preciso partir de un hecho real. En este caso, el hecho es que en 1898 hubo una guerra, con un desenlace muy triste y traumático para España, lo que generó una serie de problemas y de cuestiones cuyos ecos duraron largo tiempo en nuestro país. Al margen de esos problemas y cuestiones, y del contexto histórico en el que se dio, es preciso reiterar una vez más que el hecho principal que España vivió como tal en 1898 fue la *guerra*. Por tanto, en el I Centenario de aquellos sucesos la guerra debería estar presente en la reflexión y el estudio de los historiadores, especialmente si en la historiografía y en nuestra memoria histórica sobre lo ocurrido en 1898 persisten aún ideas o juicios de valor que vienen siendo tomados como ciertos desde entonces. Y, sin embargo, la realidad es que esas ideas o juicios son falsos, porque son el fruto de la propaganda y del ambiente pasional que se vivió entonces.

Por ello, si se quiere hacer ciencia histórica es preciso conocer los hechos reales y objetivos para luego realizar su interpretación. Llegado a ese punto, y tras documentarme sobre el tema y ver las diferentes posturas de los historiadores, como es costumbre en el trabajo de investigación científica me planteé varias *hipótesis de trabajo* a las que mi futura investigación debería dar cumplida respuesta, de forma que la memoria histórica de aquellos sucesos recuperase una mayor precisión y veracidad en puntos o temas cuya formulación era errónea.

La causa de la guerra de EE.UU. contra España

La primera pregunta o hipótesis de trabajo que me propuse era la referente a la *causa* de la guerra hispano-norteamericana, buscando encontrar en la documentación la respuesta a la duda sobre si la causa de la guerra fue la explosión del Maine (como adujeron los EE.UU.) o ya se había previsto o preparado antes, y si los que estaban acertados eran los militares españoles en Cuba (que creían que EE.UU. quería intervenir directamente en la guerra) o los diplomáticos y políticos (que confiaban en las declaraciones norteamericanas en favor de la paz en el Caribe).

Si se pregunta a uno de nuestros universitarios, o a un adulto instruido preocupado por conocer los sucesos que ahora conmemoramos, qué pasó en 1898, le contestará inmediatamente: *En aquel año, los EE.UU. enviaron a La Habana un barco llamado «Maine» para proteger a los norteamericanos que allí había; cuando el «Maine» explotó, los EE.UU. creyeron que su buque había sido volado por España, y le declararon la guerra. Entonces EE.UU. venció a España porque era una gran potencia, y España estaba en declive.*

Todo eso es falso. Sin embargo, muchos historiadores, el público culto, los estudiantes y los manuales en que estudian se hacen eco de esa versión que ni es verdadera ni científica, sino el producto de la propaganda y de la prensa amarilla norteamericana de aquel momento. Frente a esa versión está la realidad objetiva que los españoles, tanto los militares como los civiles, señalaron en sus informes durante aquellos días. Y no sólo los españoles, sino también los historiadores norteamericanos e investigadores del *U.S. Army Center of Military History*, que lo han explicado claramente en sus publicaciones de los últimos años.

Así lo expuso recientemente el Dr. Graham Cosmas⁶ en el *Congreso Internacional de Historia Militar*, celebrado en Madrid en marzo de 1998. Basándose en los intereses de los grupos financieros y capitalistas de EE.UU., así como en la teoría del almirante Mahan y los informes de su espía Henry H. Whitney, *el gobierno de los EE.UU. había decidido en 1896 preparar la guerra con España* para hacerse con «la perla de las Antillas» mediante la guerra si no prosperaban sus ofertas de compra al gobierno español.

Por encargo directo del Presidente, una junta de jefes y altos mandos del Ejército y la Armada de EE.UU. prepararon los planes de la futura guerra con España. Reservando al Ejército la tarea de defender las costas norteamericanas frente a un posible ataque español, la flota asiática debía atacar Filipinas para dividir a las fuerzas españolas, mientras que la flota atlántica bloquearía los puertos de Cuba para evitar la acción de la escuadra española. Buscaban una *guerra rápida*, de pocas semanas, puesto que una de mayor duración causaría una gran mortandad no sólo por los combates, sino sobre todo por la fiebre amarilla, cuyos efectos sobre las tropas españolas se conocían muy bien en EE.UU.

⁶ La ponencia del Dr. Cosmas llevaba por título «From Havana to Santiago: U.S. Operational Decisions for Cuba, 1898», y se encuentra en *CESEDEN: El Ejército y la Armada en 1898: Cuba, Puerto Rico y Filipinas*. (vol. 1), Madrid, Publicaciones del CESEDEN, n.º 29, (marzo 1999).

La táctica prevista era bloquear Cuba para que España (sin refuerzos y con escasez de suministros y víveres para subsistir) entregase y abandonase la isla; pero si esto no se producía, entonces el Ejército norteamericano —apoyado por un nutrido bombardeo de su Marina— debería atacar La Habana, lo que inevitablemente produciría numerosas bajas... que había que evitar. Por eso otros proponían debilitar a España atacando las guarniciones militares españolas del este, más débiles, en vez de la más fuerte de La Habana, así como el uso masivo de bombardeos desde el mar sobre las posiciones españolas, para después enviar a la infantería norteamericana a tomarlas. Todo ello explica que el ejército norteamericano aumentase sus *efectivos*, que pasaron de veinticinco mil a trescientos mil. Como debían ser voluntarios, fue preciso crear un clima de excitación belicista que llevase a los hombres a alistarse masivamente en las oficinas de reclutamiento.

Con arreglo a estas preparaciones, los EE.UU. enviaron el acorazado *Maine* y el crucero *Montgomery* en «visita de cortesía»: el primero fondeó en La Habana el 25 de enero, siendo recibido con honores por las autoridades españolas, y el segundo, quince días después, en el puerto de Matanzas. A pesar de su supuesta misión, la presencia de aquellos buques en las aguas cubanas favorecía la causa antiespañola: a los ojos de los insurrectos y de los mismos españoles, el *Maine* era la garantía de que el gobierno norteamericano estaba controlando el conflicto hispano-cubano. En correspondencia, el gobierno español se vio obligado a devolver la visita de cortesía enviando un buque, el *Vizcaya*, que salió del puerto murciano de Cartagena el 31 de enero.

En la primera semana de febrero de 1898, ocurrió algo importante. A pesar de que el anterior gobierno de Cánovas había sido amonestado por los EE.UU. respecto a que la presencia de la escuadra española en aguas del Caribe sería interpretada por el gobierno norteamericano como un *casus belli*, el gobierno de Washington puso diecisiete buques⁷ rondando las Antillas. A partir de aquel punto, la situación fue progresivamente virando hacia la guerra. La explosión⁸ del *Maine* el 15 de febrero sirvió a la prensa amarilla norteamericana para jalear el ambiente con lemas belicistas, como el famoso ¡*Acordaos del Maine!* Ése era el clima existente en EE.UU. cuando

⁷ Aquella escuadra tenía la misión de estudiar los últimos detalles *in situ*, vigilar la presencia de buques de guerra españoles, y hacer los preparativos inmediatos para la guerra ya planificada. Por eso en aquella escuadra había, entre otros buques norteamericanos, seis acorazados (*Montgomery*, *Brooklyn*, *New York*, *Detroit*, *Nashville* y *Marblehead*) y cinco torpederos (*Vesubius*, *Ericson*, *Terror*, *Dupont* y *Porter*).

⁸ En el IHCM, en el legajo 155 de la colección microfilmada «Cuba», hay toda una carpeta o expediente sobre la explosión del *Maine*.

el *Vizcaya* entraba en la tarde del día 18 (¡tres días después de la voladura del *Maine*!) en el puerto de Nueva York, para devolver protocolariamente la vista de cortesía que el *Maine* había realizado a La Habana. Las cosas no estaban para protocolos y cortesías: otra escuadra norteamericana fondeaba en Hong-Kong, preparándose para el asalto de las Filipinas, que por entonces estaban pacificadas, con sus insurrectos tagalos vencidos, y apresados la mayor parte de sus jefes.

Pocos meses después, el 25 de abril, el Congreso de los EE.UU. declaraba la guerra a España, tal como había previsto el Capitán General Blanco, a pesar de las palabras de los políticos norteamericanos y de la ingenuidad del embajador español Dupuy de Lome. En uno de sus informes, Blanco había escrito que *sin la malévola intervención de los EE.UU., la guerra estaría ya terminada o a punto de terminar*⁹. Además, desde la explosión del *Maine* (15 de febrero) hasta la declaración de guerra (25 de abril) transcurrieron más de dos largos y tensos meses; comparando este espacio de tiempo entre la supuesta causa y el efecto con el tiempo que transcurrió desde el asesinato del príncipe Francisco Fernando (28 de junio de 1914) y la austro-húngara declaración de guerra a Serbia (28 de julio), que dio comienzo a la I Guerra mundial se evidencia que fue inusitadamente grande para los usos de la época. Esto mostraría que la comisión norteamericana que estudió la explosión (igual que la que España creó a su vez con el mismo objetivo) no estaba convencida de que aquella fuera la causa que los militares y los políticos norteamericanos buscaban y aguardaban para empezar la guerra.

Por lo tanto, a la hipótesis planteada había que responder con una formulación nueva de la memoria histórica colectiva sobre las causas de la guerra: *el incidente del «Maine» no causó la guerra, sino que estaba decidida dos años antes, como sospechaban los militares españoles.*

Naturaleza de la guerra de 1898: ¿fue colonial o era imperialista?

Otra hipótesis de trabajo se refería a la *naturaleza* de la guerra, si fue una guerra *colonial* (conquista de nuevos territorios en la época del auge del colonialismo, iniciado con el «reparto de África» en la Conferencia de Ber-

⁹ La frase pertenece al *Informe Blanco*, extensa carta que el último Capitán General de Cuba, Ramón Blanco y Erenas, dirigió a finales de marzo de 1898 al Comandante en Jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente (en Santa Cruz del Sur). El «Informe» se halla en el IHCM, legajo 155 de la ya mencionada colección «Cuba», expediente 20, y abarca desde el n.º 152 al 162.

lín de 1884-85) o *imperialista* (búsqueda de control del tráfico mercantil, algo inherente a la época del «gran capitalismo» que había comenzado desde la «segunda revolución industrial» alrededor de 1873).

A la luz de la documentación investigada, el historiador puede concluir que aquella guerra de EE.UU. contra España no fue una guerra colonial a la usanza de los siglos XVI al XIX, sino capitalista e imperialista: los norteamericanos no querían nuevos territorios o colonias que les enfrentase con los naturales en una «guerra de la independencia» o «de liberación», sino que tan sólo buscaban bases en las que consolidar su estrategia de control y seguridad. Con ello inauguraron una forma nueva y diferente de relaciones internacionales, que es conocida como *neocolonialismo*.

En efecto: en contraposición con lo que habían hecho pocas décadas antes (guerras con Méjico, compra de Alaska), los EE.UU. no buscaban adquirir tierras nuevas que agregar a la Unión, sino que buscaban estar presentes y controlar unas zonas muy concretas del comercio internacional. Ese control es la base del llamado *pentagonismo*: así se denomina al sistema de intervenciones militares rápidas y con poco coste (en vidas norteamericanas y en dólares) para derrocar gobiernos y regímenes poco convenientes para los intereses de los EE.UU., sin preocuparse por el Derecho Internacional ni por la voluntad de los habitantes locales. Una de las últimas y más conocidas intervenciones de este tipo fue el derrocamiento de Noriega en Panamá; pero pueden recordarse otras muchas realizadas desde 1945: Guatemala, Santo Domingo —varias veces—, Cuba (el incidente de Bahía Cochinos), Isla de Granada, Nicaragua (sirviéndose de Honduras), El Salvador, Haití, Somalia, por no hablar de Vietnam, de la ayuda a los *talibanes* afganos contra la URSS, ni de las guerras y bombardeos en Irak contra Sadam Hussein o en Kabul contra los fanáticos islamistas.

La mejor prueba de este deseo de *bases militares* (no de nuevos territorios ni colonias) no es sólo el caso de Guantánamo, sino lo ocurrido con las islas Filipinas. Como recientemente ha expuesto el profesor Loucas¹⁰, los EE.UU. sólo pretendían conseguir una o más bases de abastecimiento en aquel área, lo que no tenía nada de extraño ni de novedoso, ya el canciller alemán Bismark había pretendido en 1885 apoderarse del archipiélago español de Las Carolinas. Por eso, cuando en septiembre de 1898 se iniciaron las negociaciones de paz en París, el presidente McKinley aún no se

¹⁰ Ioannis Loucas es profesor de la Academia Naval (o Escuela de Guerra Naval) de Grecia. Su interesante conferencia en el ya citado *Congreso Internacional de Historia Militar*, (Madrid, marzo, 1998) llevaba por título «La guerra hispanoamericana de 1898. Estrategia europea y geopolítica norteamericana».

había decidido por ninguna de las cuatro opciones que podía imponer a España: la primera, obtener una o más bases de abastecimiento en el archipiélago; la segunda, quedarse con la ciudad y golfo de Manila; la tercera, ocupar toda la isla de Luzón; y la cuarta, ocupar todo el archipiélago filipino. Fue entonces cuando el general Francis V. Greene propuso al presidente la ocupación de todo el archipiélago, argumentando que si lo devolvía a España se produciría una nueva guerra civil, si lo declaraba independiente se produciría un caos interno, y si lo cedía a Alemania o Japón se consideraría como una cobardía e incapacidad de los EE.UU. Poco después, McKinley declaraba a una delegación de la Iglesia Metodista¹¹ que lo había hecho con el propósito de *educar a los filipinos, mejorarles moralmente, cristianizarles y —con la ayuda de Dios— hacer lo mejor para ellos, como Jesucristo murió para redimir a los hombres.*

Por lo que hace a la *geoestrategia económica*, es sabido que en el último tercio del siglo XIX se produjo la llamada «segunda revolución industrial». En aquellos años, los EE.UU. recibieron de Europa no sólo un gran contingente de inmigrantes, sino una gran cantidad de capitales; los *trusties* encargados de manejar e invertir el dinero de otros consiguieron grandes beneficios para ellos también, al colocar esos capitales en empresas y objetivos altamente productivos a corto y largo plazo. Eso afianzó y multiplicó el fenómeno del *gran capitalismo*, y creó grupos y centros de intereses financieros tan fuertes y agresivos que la Bolsa de Nueva York fue desplazando en importancia a las centroeuropeas, y —más tarde— incluso a las de París y Londres. Al empezar los años noventa se comenzó a salir de la «gran depresión» (fase «B» de Kondratieff) de 1873-1895. El comercio mundial se reactivó y desarrolló a un vertiginoso ritmo; pero, para el comercio internacional y lograr una acumulación de capital, se necesitaba no sólo fabricar productos, sino distribuirlos o transportarlos.

En ese comercio, la ruta de Asia a América (y también hacia Europa) era necesaria y decisiva en el tráfico de mercancías. Ya entonces era evidente que el Caribe era el mejor área posible como centro distribuidor del comercio mundial. Así, cuando en 1857 el presidente mejicano Comonfort inauguró un tramo de la línea Veracruz-Acapulco, el ministro Payno llegó a afirmar que *el ferrocarril de Veracruz al Pacífico, a través de la ciudad de México, convertiría al país en la nación más importante como punto inter-*

¹¹ La visita de los representantes de la poderosa Iglesia Metodista al presidente en la Casa Blanca se produjo el 21 de noviembre de 1899. Está recogida en RUSLING, J.F.: «Interview with President MacKinley», en *Christian Advocate* (Nueva York), n.º 78, (22-1-1903), pp. 137-138.

*medio del comercio mundial*¹². Ese mismo objetivo tuvieron algunos inversores en los EE.UU., y pocos años después (en 1869) se acabaría de construir el ferrocarril entre las costas atlántica y pacífica norteamericanas. Pero éste no resultó suficiente para el comercio mundial, pues no podía absorber todo el volumen de mercancías que llegaba a sus puertos, ni transportarlo con la rapidez exigida¹³.

El problema estribaba en la tecnología o medio más eficaz a aplicar. En este sentido, el ferrocarril se evidenció menos eficaz que el transporte en buques: ese mismo año se inauguraba el Canal de Suez, que demostraría a todo el mundo la mayor facilidad y rentabilidad de ese medio de comunicación para el comercio mundial. Además, la posterior evolución del Canal hasta pasar del control francés a posesión de una compañía británica, mostró al mundo el modelo de geoestrategia inglesa: la ruta comercial británica seguía una línea de posesiones o bases británicas que iba desde Londres (o cualquier puerto inglés) a Asia pasando por Gibraltar, Malta, Chipre (británica desde 1878), Canal de Suez, Seychelles, Ceilán y la India. Ese mismo modelo y estrategia de bases fue también buscado por los alemanes (incidente de Las Carolinas en 1885) y por los norteamericanos, que en 1893 ocupaban Hawai como protectorado y codiciaban Cuba.

Todo esto explica que EE.UU., con un capitalismo desarrollado y en vertiginosa expansión, con puertos en China y Japón, y con presencia en Hawai, se propusiera como objetivo el dominio de un área de paso y control del comercio mundial, como iba a ser el Caribe, donde se proyectaba construir un canal como el de Suez. EE.UU. siempre había deseado poseer Cuba, y muchas veces a lo largo del XIX intentó comprarla a España: ese deseo se convirtió en necesidad al finalizar el siglo. La culminación de ese objetivo fue la toma de Cuba y la anexión de Hawai en 1898, así como la construcción, propiedad y dominio del Canal de Panamá desde 1903. Esa política proseguiría comprando en 1916 gran parte de las Islas Vírgenes a

¹² *Diario de Avisos*, n.º 209, (7 julio 1857), pp. 2-3. Véanse también GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, S. J.: *Las comunicaciones en América*, Madrid, Mapfre, 1993; CHAPMAN, J.G.: *La construcción del ferrocarril mexicano, 1837-1880*, México, 1975.

¹³ Aquellos trenes —demasiado primitivos aún— eran pocos y tenían escasos vagones cada uno: un tren de mercancías apenas podía transportar el volumen de productos que traía un buque, y eran muchos los barcos que llegaban a los puertos de una y otra orilla de los EE.UU. Por otro lado, entonces no existía el sistema de *contenedores* que en nuestros días viene a ser la forma normalizada e internacional del transporte en todos los continentes. Y en cuanto a la rapidez, al margen de su conocida escasa velocidad, aquellos trenes tenían a veces que pararse durante algunos días para dejar pasar a las grandes manadas de bisontes que entonces vagaban por sus praderas.

Dinamarca, que no se negó a la venta tras lo ocurrido con España en 1898. Es tan cierto que la guerra de 1898 fue una estrategia político-económica que —desde entonces— EE.UU. no ha cambiado esa política en la zona: en Cuba, desde 1959 intentó acabar con el régimen castrista (incidente de Bahía de Cochinos), al que luego ha sometido a un bloqueo feroz para acabar con Fidel y su régimen obsoleto y ya inviable, y propiciar el acceso al poder de los grupos pronorteamericanos y anticastristas acogidos en Florida; en Panamá, tras el «accidente» de helicóptero que costó la vida al presidente Omar Torrijos después de pedir a EE.UU. el retorno del Canal a soberanía panameña, el mundo entero ha podido ver lo sucedido con Noriega, antes protegido de EE.UU. y por ello sucesor de Torrijos, y después acusado de narcotráfico, juzgado y encarcelado en EE.UU.; finalmente, respecto a Hawai, en 1959 se convirtió en el 50 Estado de la Unión.

Así pues, a la pregunta o hipótesis de trabajo sobre la naturaleza de aquella guerra, habría que contestar señalando que el objetivo de la guerra de 1898 fue el control de la zona caribeña, no la adquisición de nuevos territorios para EE.UU., puesto que necesitaban dominar Cuba para su geoestrategia económica: por tanto, *no fue una guerra colonial sino imperialista*.

Una característica social de la guerra de 1898

Una tercera hipótesis de trabajo apuntaba al posible *racismo* de la guerra entre los mambises cubanos y los españoles (en una época dominada por el llamado «darwinismo social», que defendía la superioridad de la raza blanca sobre las demás). En este punto hay que señalar que la guerra hispano-cubana *no fue una guerra racial*, o «racista», a pesar de la vigencia que mantenía entonces el *darwinismo social* entre los occidentales en general, y entre los anglosajones en particular: es de todos sabido que fue un tema recurrente y en constante debate en los EE. UU. durante todo el s. XIX). En la América hispana hubo hechos y diferenciaciones sociales que parecerían indicar actitudes racistas, pero hubo muchos más hechos y leyes que demuestran lo contrario. Así, por ejemplo, quienes trabajan en Historia Militar conocen que las compañías formadas por soldados españoles de raza negra (ya entonces llamadas eufemísticamente *compañías de morenos*) habían resistido bravamente a los ingleses en la Venezuela del siglo XVIII; como premio, y ante la escasez de tambores y timbales militares, el Virrey de Nueva Granada ordenó que los pocos que llegaron desde España se entregasen a las «compañías de morenos». En Filipinas, por otro lado, subofi-

ciales y tropa eran filipinos¹⁴.

En 1898, entre las fuerzas españolas de voluntarios que luchaban contra los insurgentes mambises, *había más voluntarios negros que blancos*¹⁵. Y no sólo eso. Frente a los «ñáñigos» (miembros de una sociedad secreta cubana sólo para negros) insurgentes, se había formado una *Liga española de la raza de color*, cuyo presidente —Rodolfo de Lagardere— escribió al general Pando para mostrarle su adhesión a España y ofrecerse a mantener su soberanía en Cuba: *Sólo quiero servir a mi Patria y a mi Rey. Pero sí, soy español, muy español [...] En seis días he reclutado 600 hombres [...] Mula-to, sí, pero nacido en Barcelona, no me mueve la ambición...*¹⁶

Más problemático es precisar si se trató o no de una *guerra de liberación*; los mambises insurgentes la vieron así, y por eso se lanzaron a la lucha al grito de ¡*Viva Cuba libre!* en Baire. Pero otros muchos sectores desconfiaron de esa posición, y prefirieron que España mantuviese su soberanía en la isla antillana; entre éstos había incluso empresas norteamericanas dueñas de ingenios que pedían protección a los militares españoles¹⁷ en vez de pedírsela o «exigirla» a los mambises como pago a las ayudas recibidas del gobierno de los EE.UU. No obstante, si el historiador se fija en la conclusión de la guerra y en la posterior evolución de la isla, es evidente que lo que los mambises creían una «guerra de liberación» fue en realidad una guerra imperialista de dominio y control, al margen de la voluntad de los cubanos. De ese modo, EE.UU. repetía en las Antillas lo que acababa de hacer al inicio de esa década en sus guerras con los indios: lograr y controlar nuevos espacios y sus posibilidades. De ese modo, en 1898 los EE.UU.

¹⁴ La reorganización de los efectivos militares en Filipinas que se hizo en 1896 estableció una plantilla de veintinueve mil quinientos noventa y un hombres (incluidos guardias civiles y carabineros) de los que sólo tres mil cinco procedían de la Península. Además, los voluntarios del Batallón de Macabebes eran todos filipinos, incluso su coronel, don Eugenio Blanco. Véase PUELL DE LA VILLA, F.: «La insurrección en Cuba y Filipinas», en *Revista Española de Defensa*, n.º 127, Madrid, 1998, p.42.

¹⁵ En el IHCM, leg. 154, hay varios documentos que tratan del Cuerpo de Voluntarios de Cuba, que lucharon para mantener la isla como un trozo de España. En uno, fechado en marzo de 1880, se recuerda su creación en 1855 y sus fuerzas de infantería y caballería, así como el número de sus efectivos, y sus uniformes. Otro, fechado posteriormente, habla de dos batallones con seis compañías cada uno, con un total de mil ciento catorce hombres, en las *Milicias Blancas*, y de tres batallones con seis compañías cada uno, y un total de mil ciento veintiocho hombres, en las *Milicias de Color*.

¹⁶ Este documento, escrito con un estilo ampuloso y altisonante para impresionar a su destinatario, se halla en el IHCM, leg. 155, carpeta 30, con el n.º 339.

¹⁷ Así hacía, por ejemplo, la empresa *Narcisa Sugar Co.*, de New York, pidiendo protección para sus fincas de Yaguajay y Jatibonico. Alegaba que la zafra daba sustento a cientos de familias de la zona, y que había prestado muchos servicios al Estado (España), que justificaba documentalmente (Véase, IHCM, leg. 155).

iniciaron el *neocolonialismo*, una forma diferente, más eficaz y provechosa de dominio, pero menos costosa en vidas y dinero.

La criticada acción de Cervera

Otra hipótesis de trabajo aludía a *la acción de Cervera* con la escuadra española en la bahía de Santiago, con el fin de evaluar la operación y saber si hubo cobardía, ineficacia, o error de mando. Los historiadores saben con qué dureza y penuria de medios combatieron¹⁸ los españoles en Cuba: en el combate de El Caney, por ejemplo, murió incluso el general Vara del Rey y, como señaló el general Shafter a su gobierno, los españoles resistieron bravamente en proporción de uno por cada once norteamericanos, con un armamento inferior al estadounidense.

Pero lo más dramático, al igual que lo ocurrido el 1 de mayo en Cavite (a las puertas mismas de Manila), se produjo el 3 de julio en la batalla naval de Santiago, cuando la escuadra española salió a mar abierta para tratar de salvar sus naves y burlar el boqueo a que les sometían los acorazados norteamericanos del almirante William Sampson. Mandada por el almirante Cervera en persona, obedeciendo órdenes superiores y consciente de su inferioridad, los buques *Plutón*, *Furor*, *Oquendo*, *Colón*, *Vizcaya* y el *Infanta María-Teresa* se encontraron frente a frente con los acorazados norteamericanos *Brooklin*, *Texas*, *Indiana*, *Iowa*, *Oregon*, *Resolute*, y los cañoneros *Gloucester*, *Hist* y *Vixen*, mejor blindados y con superior artillería: algunos buques españoles lucharon para que los otros huyeran y salvaran la escuadra.

A pesar del heroísmo de los marinos españoles, en pocas horas la flota

¹⁸ En Santiago estaba la escuadra de Cervera, bloqueada por el almirante Sampson. El 5.º Cuerpo de Ejército norteamericano que desembarcó en Daiquirí el 21 de junio, mandado por el general Shafter, tenía quince mil hombres y alguna artillería. Para conseguir Santiago, Shafter debía tomar dos posiciones españolas avanzadas; nueve horas le costó el 1 de julio tomar *El Caney*, donde el general Vara del Rey tenía quinientos veintisiete hombres sin artillería (bajas: ciento siete muertos y ciento veintiséis heridos) frente a seis mil cien norteamericanos (proporción 11:1) mandados por el general Lawton (bajas: ochenta y un muertos y trescientos sesenta y ocho heridos). Lo mismo ocurrió el 2 de julio en los altos de *San Juan*: los quinientos veintiún hombres que mandaba el general Linares (bajas: ciento ocho muertos y doscientos cincuenta heridos, entre ellos él mismo) se enfrentaron con el fuego de las ametralladoras *Gatling* y con siete mil setecientos norteamericanos (proporción 16:1), mandados por el general Kent (bajas: ciento veinticuatro muertos y ochocientos diecisiete heridos). Sin hombres, víveres ni municiones, el general Toral entregó Santiago el 16 de julio.

fue aniquilada; el almirante Cervera abandonó el *María-Teresa* cuando era pasto de las llamas, y tras llegar a nado a la playa fue hecho prisionero y conducido al *Iowa*, donde le rindieron honores por su comportamiento en la batalla. No hay datos exactos de las *pérdidas* españolas, pero se calcula que sobre unas dotaciones de dos mil doscientos veintisiete hombres hubo trescientos veintitrés muertos y ciento cincuenta y un heridos¹⁹: el resto cayó prisionero. Algo similar había ocurrido en Filipinas. Cuando el embajador español en Méjico pidió alarmado noticias de la escuadra, se le contestó: *Desgraciadamente, nuestra escuadra sucumbió gloriosamente en aguas de Santiago de Cuba*²⁰. Hubo entonces algunos diputados y periodistas, y posteriormente algunos historiadores, que echaron en cara a Cervera el no mantener a la escuadra española segura en el puerto (protegida por las baterías del castillo de El Morro), y el optar por la huida en vez de presentar batalla formal o —por lo menos— estrellar sus barcos contra los de EE.UU. antes que dejárselos hundir. Pero esa crítica no es válida ni acertada, porque hay dos tipos de explicaciones. Entre las de tipo *táctico*, hay que reseñar que lo que los norteamericanos pretendieron desde el primer momento fue precisamente mantener inutilizada la escuadra española en la bahía de Santiago (para ello Hobson y sus marineros habían hundido el *Merrimac* en la boca del puerto: salir a mar abierto ya fue toda una hazaña), y Cervera pretendió que sus barcos escaparan para sumarlos a la Escuadra de Reserva —que el contralmirante Cámara iba a traer desde España— y poder ser útiles en las operaciones militares posteriores. En segundo lugar, el 5.º Cuerpo norteamericano de Shafter se dirigía a Santiago, y si ésta caía, la escuadra pasaría a EE.UU. Y en tercer lugar, porque la realidad fue que Cervera dirigió su buque *Infanta M.ª Teresa* directamente contra el *Brooklin*, para dar tiempo a los demás buques a huir: el viraje de éste (que casi colisiona con el *Texas*) desorganizó momentáneamente la escuadra norteamericana, pero el *Teresa* fue duramente cañoneado (veintinueve impactos), se incendió y embarrancó.

Además, hay dos explicaciones de tipo *técnico*. La primera —habitual-

¹⁹ Así se recoge en la obra colectiva *Historia de las Fuerzas Armadas*, editada conjuntamente por las editoriales Palafox (Zaragoza) y Planeta (Barcelona) en 1983 (véase tomo I, p. 242). El norteamericano CHADWICK, French E.: *The Spanish-American War*, da la cifra de doscientos sesenta y cuatro muertos, y de noventa y tres oficiales y mil setecientos veinte marineros prisioneros. Por su parte, DÍEZ ALEGRÍA, M.: «La espléndida guerrita de los americanos», en *Revue Internationale d'Histoire Militaire*, n.º 56, Madrid, 1984, p.32, recoge que frente a las numerosas bajas españolas (trescientos cincuenta muertos, ciento sesenta heridos, y mil seiscientos setenta prisioneros), las bajas norteamericanas fueron inexistentes: un muerto y diez heridos.

²⁰ IHCM, Colección Cuba, leg. 105. Telegrama a Bendaña, ministro español en Méjico, fechado el 9 de julio.

mente desconocida— es que el bloqueo norteamericano a Cuba había producido desabastecimiento, y no sólo para la población, para la tropa e incluso para los hospitales, sino también para la marina. El carbón que utilizaban aquellos buques españoles era de inferior calidad a la exigida (y a la que tenía el de los norteamericanos). Por eso maniobraban y marchaban más lentos que lo que les hubieran permitido sus motores; el mejor ejemplo es el *Colón*, un buque a la altura de los norteamericanos, que huyó y sacó una considerable ventaja a sus enemigos, pero que acabó en sus calderas con los restos de su mejor carbón, y utilizó el mismo que tenían los demás buques españoles, por lo que al final acabó alcanzado por sus perseguidores y embarrancó²¹.

La segunda es que España estaba renovando su flota de guerra, y de haberse efectuado puntualmente la construcción y arreglos previstos las fuerzas hubiesen estado muy equilibradas. Es falso que los buques españoles fuesen de madera y mal artillados, cuando la realidad es que sólo estaban peor blindados; pero EE.UU. no podía haber escogido un momento mejor: los principales acorazados españoles estaban mejorándose en Francia, bastantes otros estaban en reparación, y por primera vez la *Navy* norteamericana superaba a la Marina española. Eso explica la acción de Cervera: como buen marino y militar profesional, aun sabiendo que no podía lograrlo, su deber era salvar la escuadra (los buques) y conservar sus efectivos (los hombres).

Geoestrategia e industria en la guerra naval de 1898

La quinta hipótesis de trabajo buscaba establecer la posible relación entre la potencia industrial de ambos Estados y su aplicación a la guerra. Ya en aquel tiempo el valor militar había sido sustituido por las mejoras tecnológicas aplicadas a la guerra. Lo hasta aquí expuesto manifiesta dos conclusiones innegables: la primera es que la guerra de EE.UU. contra España fue fundamentalmente naval, porque lo que se dirimía era la defensa de

²¹ Todos los buques españoles fueron embarrancados por sus propias tripulaciones para evitar que cayesen en manos del enemigo. Sólo hubo una excepción: el destructor *Furor*, mandado por Villaamil (quien murió también en el combate), recibió múltiples impactos y se hundió. Este buque muestra la importancia que tuvo en la batalla la diferencia del carbón en unos y otros buques: siendo el más pequeño y veloz (desarrollaba veinticuatro nudos, frente a los veinte del *Brooklin*, a los dieciséis del *Iowa* y a los quince del *Oregón*), tuvo el recorrido más corto, pues fue el primero en ser cañoneado y hundido.

unos archipiélagos e islas muy alejados de la Península; y la segunda es que la superioridad de EE.UU. no fue militar ni humana (basada en el valor, las convicciones o el fanatismo), sino industrial. La guerra dependió del número y calidad de los buques más modernos, mejor artillados y más blindados que tenían los EE.UU. No es que los buques españoles fuesen malos: es que los norteamericanos eran mejores y más numerosos. La de 1898 fue la primera guerra en la que se enfrentaron escuadras modernas, con buques de hierro o acero movidos a vapor, con armas nuevas (minas, torpedos) y con medios nuevos (iluminación eléctrica)²².

Hubo ceguera en los políticos españoles, que tardaron mucho en tomar en serio los planes de modernización de la escuadra española: el plan de Rodríguez Arias era de 1887. Pero, en contra de lo que dicen historiadores no expertos, los norteamericanos no habían acogido con más atención y entusiasmo los consejos de Mahan ni su programa de construcción naval. En 1886, Alfred Thayer Mahan fue llamado por el almirante Stephen Luce para enseñar estrategia naval en la *Escuela de Guerra Naval* que se acababa de fundar en Newport, Rhode Island²³. En 1890 Mahan publicó su famosa obra *La influencia del poder marítimo en la Historia* en la que probaba que el dominio de los mares era necesario para un papel importante en el mundo; ese mismo año publicó un artículo («Los EE.UU. mirando hacia fuera») en el que planteaba el tema de la entonces inminente construcción y apertura de un canal en Panamá²⁴, propugnando una `talasocracia' al estilo ateniense, y definiendo a los EE.UU. como una «potencia del mar». La tesis de Mahan partía de que el Canal de Panamá era necesario por razones geoestratégicas y geoeconómicas, por lo que creía imprescindible crear una potente armada estadounidense que asegurase su dominio en ese futuro canal, y evitase que cualquier potencia europea instalase allí sus bases. Ese mismo año —1890— el Congreso de EE.UU. decidió la construcción de los primeros grandes acorazados (buques de guerra costeros, tipo *Indiana*), y

²² El 21 de mayo de 1898, *Le Rire*, diario satírico parisino, publicaba una caricatura del presidente McKinley en un barco acorazado y profusamente artillado que era atacado por un niño (Alfonso XIII) con una espadita. El dibujo tenía este pie: *Se acabó el tiempo de la caballería, de Don Quijote y de los molinos de viento. Hoy en día sólo cuentan el hierro y el oro.*

²³ BAER, G.W.: *One Hundred Years of Sea Power. The U.S. Navy, 1890-1990*. Stanford, University Press, 1993, p.15.

²⁴ *Hablando militarmente* —decía Mahan en él—, y refiriéndonos sólo a las influencias europeas, la construcción del Canal de Panamá es una catástrofe para los EE.UU. en relación con la situación existente de su preparación militar y naval. Véase MAHAN, A.T.: «The Snited States Looking Outward (1890)» en *The Interest of America in Sea Power. Present and Future*. Boston, Little Brown, 1898, p. 13.

un año después se empezaron a construir los más poderosos buques de guerra costeros de alta mar, tipo *Iowa*. En ese momento Mahan les dijo a sus alumnos con toda crudeza: *Señores: todo el mundo sabe ya que estamos construyendo una nueva marina de guerra [...] Pero, cuando tengamos preparada nuestra nueva marina, ¿qué vamos a hacer con ella?*

España no llevó adelante adecuada y completamente su programa de construcción naval, y eso fue la causa real de la derrota en 1898. Esta lección la aprendió todo el mundo, por lo que Gran Bretaña y Alemania impulsarían su propia reconversión naval inmediatamente después: así, el almirante Alfred von Tirpitz, Jefe del Estado Mayor alemán, creó en 1898 su Primera Ley Naval que emprendió la construcción de una potente flota que transformase el II Reich en una potencia naval. Ingleses y alemanes añadirían entonces una tecnología nueva: el submarino. A este respecto, y al margen de lo ocurrido con Isaac Peral y Narciso Monturiol, en 1898 un constructor brasileño ofrecía su submarino a España: pero ni se tomó en serio ni hubo tiempo para ello.

Por otro lado, en 1898 se consolidó un cambio de táctica y de doctrina militar. Frente al sistema tradicional de ataque en línea y por escuadrones (época napoleónica), se fue imponiendo un nuevo sistema de guerra, que se inició a mediados del XIX en Crimea, apareció en la guerra franco-prusiana, y se consagró definitivamente en 1898. Este nuevo sistema consiste en utilizar para la guerra los nuevos medios que la industria y la tecnología ofrecen, de forma que los avances armamentísticos primen sobre los aciertos tácticos. Hablando *grosso modo*, se podría decir que *la eficacia de las máquinas sustituía al valor del soldado*: la de 1898 fue una «guerra de materiales», una confrontación de armamentos.

Los EE.UU. hicieron naval la guerra en 1898 concentraron buques para bombardear desde el mar las posiciones españolas, que sólo serían tomadas por la infantería cuando estuviesen abandonadas o aniquiladas. El Estado Mayor del Ejército de EE.UU. no quería una guerra larga ni una guerra terrestre (de enfrentamiento de infanterías), pues les sería muy costosa y problemática, como bien pudo comprobar Shafter: perdió al diez por ciento de sus tropas en su avance hacia Santiago a primeros de julio. Por medio de sus espías (especialmente Andrew Rowan en Cuba, y Henry H. Whitney en Puerto Rico), sabían que una guerra en la isla les produciría grandes bajas y pérdidas, como ocurría a los españoles, víctimas del paludismo y del «vómito negro». En esto acertaron: lo mismo que había sucedido a los españoles, de los dos mil muertos norteamericanos en aquella guerra, tan sólo trescientos sesenta y cinco lo fueron por acción de combate, y el resto fue presa de las enfermedades tropicales. Por eso, cuando un periodista esta-

dounidense preguntó a Máximo Gómez quiénes eran sus mejores generales, Gómez le contestó: *junio, julio y agosto*.

Por otro lado, a los historiadores poco expertos conviene recordarles que la potencia de una flota o de un enemigo no se mide por los centímetros o pulgadas de sus cañones, sino por su eficacia. Dicho en otras palabras, una victoria naval no depende del calibre de los cañones (cuanto más calibre, más alcance, lo que permitiría a «A» hacer impactos en «B» sin que las balas de «B» logren siquiera alcanzar a «A»), sino del acierto en los disparos. Como decía Nelson, por sus mayores aciertos y por el «factor moral» es mejor el combate a corta distancia: en la batalla naval de Santiago, la flota española no fue vencida por los cañones de trece pulgadas del *Oregón* (que no acertaron ni una sola vez), sino por los cañones de ocho pulgadas, que consiguieron un cuatro por cien de disparos acertados²⁵.

Por otro lado, los profesionales de la milicia saben que no hay enemigo pequeño. Los norteamericanos no despreciaban al ejército español ni a su artillería, perspicaces y de gran eficacia: en la batalla de las colinas de San Juan y El Caney deseaban los norteamericanos conocer la disposición de las tropas españolas, para lo que izaron el único globo aerostático que tenía el *Army*, lo que sirvió a los militares españoles para conocer dónde se encontraba el Estado Mayor de sus sitiadores y cuál era su línea de ataque, para después concentrar allí el fuego de su artillería y sus fusiles. Lo mismo ocurría en el mar: aunque por vez primera la *Navy* estadounidense era superior a la Armada española, los norteamericanos temían a la Marina española, todavía entonces con gran fuerza y prestigio. Por eso, entre los planes del Estado Mayor Conjunto figuraba no sólo atacar las posiciones españolas en Cuba y Filipinas, sino defender las costas norteamericanas de un más que posible ataque naval español. Y pidieron y obtuvieron ayuda de Inglaterra: por ejemplo, tras la pérdida en Cavite, el 1 de mayo, de la escuadra española que mandaba el contralmirante Patricio Montojo, los obstáculos administrativos de los ingleses en el Canal de Suez impidieron que los buques de la *Escuadra de Reserva* (contralmirante Cámara) pudieran socorrer a Filipinas. O en Cuba, la carencia de información sobre la situación de la escuadra de Cámara hizo que los buques norteamericanos se reagrupasen y retirasen al divisar en la lejanía una columna de humo, que creyeron ser de la escuadra española; al saber que era un pesquero incendiado, volvieron al hostigamiento y asedio.

²⁵ FRIEDMAN, N.: *U.S. Battleships: an illustrated Design History*. Annapolis, Naval Institute Press, 1985, p. 41.

Todo ello nos sirve para recordar que los EE.UU. de aquel momento no eran como hoy los conocemos, ni su Ejército (*Army*) ni su Marina (*Navy*) lo que son hoy. En aquellos años, EE.UU. no era una «potencia», mientras que España sí lo era: *aunque EE.UU. superaba ya a España en industria, y tenía una producción y una economía más fuerte y desarrollada que la española, en el plano internacional no era aún una potencia reconocida*. Pero lo fue desde 1898, y con eso quedaba bien probada la hipótesis formulada al respecto.

La prensa, el «cuarto poder»

Otra hipótesis de trabajo planteaba el papel de la prensa española durante el conflicto: ¿decisivo o anecdótico? Es de todos sabido que el Estado liberal se caracteriza por su división en tres poderes (legislativo, ejecutivo y judicial), pero la sociedad norteamericana de la época vio consolidarse entonces un «cuarto poder»: la prensa. Al servicio de los intereses capitalistas y financieros de los EE.UU., los periódicos de Joseph Pulitzer (1847-1911) y William Randolph Hearst (1863-1951) crearon un clima pasional que favorecía los planes militares de McKinley y la aparición del «neocolonialismo» americano. La prensa de EE.UU. llevó a cabo una verdadera campaña antiespañola²⁶, haciendo uso de un verdadero *periodismo amarillo*.

Este término tiene su origen en que el *World* de J. Pulitzer venía publicando unas historietas o tiras de dibujos que tenían mucho éxito, y que estaban protagonizadas por un muchacho vestido de amarillo. En su pugna con Pulitzer para aventajarle con las ventas de su *Journal*, R. Hearst contrató en su periódico al dibujante; ante eso, Pulitzer contrató otro dibujante que siguiera desarrollando la historieta en el *World*. Así, los dos periódicos que buscaban más el sensacionalismo que la información tuvieron cada uno su *yellow kid*, y de ahí les vino el apelativo de «prensa amarilla»; desde entonces, ese término designa a periodistas y diarios sensacionalistas y mistificadores que buscan más las ventas que la verdad, y que no tienen escrúpulos en mentir o en calumniar con tal de dar una noticia escandalosa que dispare las ventas: el *Journal* pasó de setecientos cincuenta mil ejemplares en 1897 a más de un millón en 1898, y el *World* de cuatrocientos mil a ocho-

²⁶ SÁNCHEZ ARANDA, J.J.: «La política exterior y el 98», en *España, Siglo XIX*, Madrid, Actas, 1991, pp. 391-392. También es muy interesante el artículo de TIMO-TEO ÁLVAREZ, J.: «Fabricando una guerra. La prensa amarilla de Nueva York», en *Revista Española de Defensa*, Madrid, n.º 127, (sept. 1998), pp.78 y ss.

cientos veinticinco mil. La ferocidad de esos dos diarios enardeció a la opinión pública, impulsó al Congreso y finalmente sirvió para empujar al presidente McKinley a favor de la guerra como la mejor forma de intervenir en Cuba. Así, hechos reales fueron distorsionados con fuerza y pasión para conmover a los lectores, con el objeto de fomentar el espíritu nacional y exaltar los valores de la democracia norteamericana. La campaña de Hearst fue un ensayo general para las grandes y largas campañas de propaganda que los ingleses desarrollarían durante la I Guerra mundial, y los anglosajones contra Alemania en los años treinta y cuarenta.

Por el contrario, en la prensa española hubo diarios cuyas campañas eran contrarias al Ejército y a los intereses nacionales. El ambiente político estaba crispado; así, por ejemplo, *El Imparcial* escribía en 1895: *Es indudable que la política en nuestro país ha llegado al mayor desprestigio. La inmoralidad y el descaro han llegado a un punto que causa indignación y vergüenza*²⁷. En 1896, el nuevo Capitán General de Cuba, Valeriano Weyler y Nicolau, inició un sistema de *reconcentración* de la población campesina para restar apoyos a los insurrectos, lo que provocó protestas, pero acabó radicalmente con las partidas de mambises. Cuando la situación parecía controlada, algunos periódicos españoles alineados con el Partido Liberal de Sagasta emprendieron una campaña suicida contra Weyler, haciéndose eco de las protestas dimanadas de la *Junta Revolucionaria* cubana de Nueva York y de la prensa norteamericana de Hearst, ya lanzadas a campañas antiespañolas como la de Evangelina Cisneros²⁸.

Era inexplicable que una campaña así se diese en España; pero lo peor es que la campaña contra Weyler se extendió al Ejército. Ante lo aberrante de aquella conducta y los graves insultos vertidos contra aquellos militares, *La Correspondencia Militar* defendía al Ejército: *Una cosa es ser general en jefe de Cuba, con escasos medios a su disposición para combatir, y otra —no completamente igual— ser redactor de El Heraldo de Madrid, con muchas letras de molde a su disposición para decir cosas o repetir las que oyen en determinados sitios.*

Otra muestra de aquel enrarecido ambiente es un artículo de la *Revista Científico-Militar*: *Desde el punto de vista militar, no se comprende, por otro lado, lo que se llama voracidad de la prensa: el amor a la noticia por la noticia, sin supeditar la información al patriotismo o a las necesidades nacionales; lo único que interesa a los periodistas, es vender, como sea, unos cuantos miles más de ejemplares. Si para ello tienen que exagerar,*

²⁷ Véase *El Imparcial*, Madrid, 1 de enero de 1895.

²⁸ TIMOTEO ÁLVAREZ, op. cit., 1998, pp. 79-80; PUELL DE LA VILLA, ibid., p.41.

*exageran; si, en último término, mentir, mienten. Gozan de casi total impunidad. Así pues, nada tiene de extraño que acusase a la prensa de servir objetivamente a los intereses del enemigo: Los enemigos del Ejército, los enemigos de la Patria, los enemigos de España, en el fondo los mismos, son los únicos que pueden alegrarse del debilitamiento de la institución militar. De ahí a acusar a la prensa de todos los males del país, sólo había un paso... que se daba con facilidad*²⁹. Por todo ello, el término usado desde los sectores militares hacia la prensa era el de «enemigos».

Como han señalado González Martín y Núñez Florencio³⁰, este clima se enrareció en 1895, cuando unos jóvenes tenientes a los que se injurió asaltaron *El Resumen* y días después *El Globo*. Una especie de psicosis se apoderó de las redacciones; todos los cronistas de la época coincidían: *Fue un día de verdadero temor* —escribía Soldevilla—, *de confusión, de azoramiento, por parte de todo el mundo*. Y añadió un detalle clave: *Nadie osaba condenar personal y enérgicamente los hechos, empezando por los propios periódicos, que en general protestaron con mucha mesura*. Incluso el ministro de la Guerra, general López Domínguez, en su intervención en el Congreso el 16 de marzo, expuso cómo era la situación: *En ninguna parte de Europa es tratada la institución militar (...) de manera más triste, más acerba y más injusta que lo es en España por alguna parte de la prensa periódica; de modo que nada tenía de particular que los más impacientes se valiesen de ciertos medios para vengar su honor ofendido*.

Correspondió a Martínez Campos el hacer de mediador entre periodistas y militares: *He oído hablar de que se trata de pedir la supresión de los periódicos* —decía en la Alta Cámara—, *y eso no se puede hacer. He oído que se trata de que se declare el estado de guerra, y eso aún menos se puede hacer: ¿contra quién se va a declarar el estado de guerra?* Pero, al mismo tiempo, apoyaba la reivindicación que sería más importante a largo plazo: la aplicación a la prensa del Código de Justicia Militar, lo que se aprobaría una década después, en 1906. La situación era tan tirante que, con bastante frivolidad y simplismo, el diario francés *Le Temps* la resumía diciendo: *Es como un plan de conquista de la España civil sobre la España militar*. Todos estos sucesos abonaban en España un creciente sentimiento antimili-

²⁹ Así, por ejemplo, *El Eco Militar*, 26 noviembre 1893, llegó a afirmar que todo lo que el Ejército tenía de deficiente, tanto en su organización como en sus elementos, se lo debía al continuo clamor de la prensa.

³⁰ GONZÁLEZ MARTÍN, A.M.: «Prensa y militares ...» (op. cit. —nota 5—). Sobre el desarrollo de las campañas contra los militares, véase también NÚÑEZ FLORENCIO, R.: «Periodistas y militares: los asaltos de 1895», en *Historia 16*, n.º 166, (febrero 1990).

tarista, producido por el rechazo a las guerras que habían desangrado a España en el último tercio del s. XIX, así como por la dureza de la represión a los incidentes que entonces empezaban a surgir en el marco de la «lucha de clases» marxista: motines de obreros y campesinos, o las manifestaciones de trabajadores, que eran severamente reprimidas por el Ejército y la Guardia Civil³¹.

El extraño papel adjudicado al general Weyler

Otra hipótesis de trabajo, o más bien una duda, es la que se le plantea a todo historiador que estudie la guerra y sus concomitancias: «es la carencia de apoyo político, periodístico e historiográfico que tuvo el general Weyler», cuando realmente era un militar eficaz y prestigioso, y además gozaba de una enorme popularidad tanto en España como en Cuba.

Para abordar este punto es necesario hacer una reflexión básica, pero necesaria. Todos los pueblos sin excepción forman un grupo o comunidad cohesionada, y lo saben: ése es el origen de las tribus y de los Estados modernos. A los historiadores les resulta muy difícil sustraerse al influjo poderoso de la comunidad en la que nacen, y en sus escritos tienden a defender a su comunidad nacional y a sus compatriotas. Curiosamente esto no ocurre con Weyler: los historiadores españoles no sólo no le ensalzan, sino que le tratan (¿o más bien denigran?) con los mismos epítetos y juicios de valor con que sus enemigos extranjeros le juzgaron y calificaron entonces. Y eso no es lógico ni veraz, por lo que es necesario hacer una nueva precisión.

Como grupo social organizado y estructurado, todo Estado tiene diferentes personas y medios para realizar las misiones que tenga encomendadas, o para satisfacer las necesidades sociales que se planteen en cada

³¹ No obstante, había unas diferencias que hasta los sectores populares advertían. En *El Socialista* del 11 de febrero de 1919 se avisaba sobre la legalidad de las duras actuaciones de la Guardia Civil ante manifestaciones o algaradas. Para mantener el orden público, el gobernador provincial podía ordenar a los Guardias de Seguridad, a la Guardia Civil, e incluso al Ejército que las disolviese. Cuando se trataba del Ejército, lo usual era que el corneta diera hasta *tres toques* de atención: al último toque la tropa podía disparar contra la multitud. Como es lógico, la gente se burlaba después del primero, se dispersaba apresurada al segundo toque y alocadamente al tercero; por eso el diario socialista advertía a sus lectores que la ley no obligaba a la Guardia Civil a dar ningún toque de atención: podía disparar impunemente cuando lo creyera necesario. Otros medios de dispersión eran las cargas: algunas producían heridos, incluso graves, por atropello de los caballos o por el sable.

momento. Y escoge a uno u otro, pero esas personas son los «medios» de los que se vale la «causa», el Estado; éste es el que decide y el responsable, y el otro sólo es ejecutor, y por lo mismo no es el responsable. Los gobiernos eligen a hombres concretos para solucionar problemas específicos: así, se elige un *maestro* cuando se quiere enseñar; un economista o *empresario* cuando se quiere comerciar; un *diplomático* cuando se buscan pactos; finalmente, si se pretende castigar, se busca un *militar*. Esto no supone que un militar sea mejor ni peor que los otros funcionarios o profesionales, sino que toda sociedad organizada institucionaliza su castigo y su violencia en un grupo de profesionales que con las armas deben defender a esa misma sociedad en aquellos asuntos que el Derecho y la razón no han podido resolver pacíficamente. Los soldados son el último recurso que tiene un Estado de derecho: cuando ya sobran las palabras, esa *función última de tipo punitivo y violento* se encomienda a un militar. Y le tocó a Weyler, porque era un buen profesional y porque ya antes había demostrado su eficacia.

El gobierno español tenía un problema grave en Cuba (la «invasión» de Máximo Gómez y Antonio Maceo en octubre de 1896), y buscó un militar eficaz que lo resolviese. Una vez que el gobierno autorizó sus planes (drásticos, porque el peligro era drástico y grave), la responsabilidad no es del profesional que ejecuta, sino de la comunidad soberana que lo planea: el gobierno y el pueblo querían que acabase la guerra de Cuba, y por eso aplaudieron que se enviara allí a Weyler a terminarla. Cuando el general llegó a Cuba trazó unas líneas en el mapa de la isla, y la dividió en sectores: todas las gentes de un sector deberían ir a vivir a aquellos pueblos o lugares que tenían guarnición militar. De este modo, los de dentro serían protegidos y vigilados, los de fuera serían combatidos por ser mambises insurrectos, y se terminaría el apoyo de la población a los rebeldes.

El plan (al que se llamó *reconcentración*) era impecable y eficaz, y se completaba con la apertura de nuevas trochas en la maleza, que mejoraban las comunicaciones, dividían los sectores y eran fáciles de vigilar. Inmediatamente dio resultados, y fue tan eficaz que produjo la derrota y el desánimo de los mambises, al ser combatidos en su propio terreno por los Voluntarios de Weyler (quien así revolucionó el sistema de «guerra colonial»). Los cubanos pidieron ayuda en EE.UU., y la prensa norteamericana empezó una feroz campaña de acoso contra el general español; pero era lógico, porque eran sus aliados. Lo extraño fue que también ciertos periódicos españoles secundaron aquella campaña, y el gobierno cometió el error de sustituirle.

En este punto es necesario hacer cinco precisiones. La primera es que Weyler no sólo era buen militar (conforme a lo arriba dicho), sino que era

excepcional y se adelantó a su tiempo: un sistema de planificación militar similar al suyo llevó a que la primera potencia militar del mundo (EE.UU.) fuese derrotada en Viet-nam por un ejército de militares y campesinos disciplinados y pacientes. La segunda es que en la Historia aparece la reconcentración de Weyler como una crueldad; sin embargo, en aquellas mismas fechas (sólo hay unos meses de diferencia), Gran Bretaña creaba en la Unión Sudafricana los «campos de concentración» para internar en ellos a las familias de los *bóers* que luchaban contra ellos (guerra anglo-bóer, 1898-1902), con una inmensa diferencia: en las guarniciones españolas, los soldados, la población y los reconcentrados convivían igualados en los mismos espacios, mientras que en los «campos» ingleses los de dentro de las alambradas no convivían con los soldados que como prisioneros les custodiaban desde fuera. La tercera es que el sistema ya había sido empleado en otros lugares durante el siglo XIX, y se emplearía profusamente en el XX, especialmente por quienes criticaron a Weyler (como los campos de concentración norteamericanos en 1941 para sus ciudadanos de origen japonés, o los campos de trabajo de los alemanes desde 1935).

La cuarta precisión es que su sistema de combatir al enemigo infiltrándose en su propio terreno fue repetida en Vietnam por *Võ Nguyen Giap*, quien así venció a los franceses (1954) y a los norteamericanos (1973): España perdió su guerra por destituir a Weyler, y Vietnam ganó la suya por mantener en el mando a Giap. Finalmente, la quinta precisión es que los militares que son historiadores suelen decir equivocadamente que Weyler (el militar eficaz que quería mantener Cuba para España) fue sustituido por Blanco, un militar poco eficaz que quería entregar la isla. Pero esto último no es cierto ni justo: Ramón Blanco no sólo no quería entregarla, sino que pidió que no se cediese la isla sin combatir³², y que ningún miembro del gobierno uniese su nombre a la ignominia de entregar Cuba a los EE.UU.

Otros puntos de revisión historiográfica

Por último, toda la investigación plantea numerosas conclusiones colaterales, y nuevas hipótesis o interrogantes, que llevan a puntos de revisión o de nueva formulación de aquellos hechos en el debate historiográfico.

³² En el IHCM hay un telegrama cifrado (leg. 155, carpeta 3, n.º 487) de Blanco al ministro de la Guerra que dice: *¿Ha meditado bien V.E. y Gobierno el paso decisivo que va a dar? ¿Está V.E. y Gobierno resuelto a unir sus nombres a los de la pérdida de Cuba? [...] Quizás estemos todos ofuscados, pero yo ruego al español, al compañero, al amigo que lo piense todavía: si hemos de perder Cuba, que sea peleando...*

Sobre la potencia industrial de ambos contendientes, el despegue de la norteamericana es sobradamente conocido. Pero, ¿qué se piensa habitualmente del nivel de la industria y tecnología española del momento? Algunos historiadores han proporcionado a la memoria histórica una imagen desorbitada y falsa del «*desastre*», así como del «*regeneracionismo*». Parece como si en España no hubiese entonces ni industria, ni ciencia ni tecnología; pero sí la había, y era bastante y buena. En un congreso sobre Cánovas, Gonzalo Anes hizo en 1997 un repaso al elenco de realizaciones y avances que se daban en la España de fin de siglo, y era impresionante. Así, los astilleros españoles producían miles de toneladas en buques: aunque con peor tecnología que la inglesa, construyeron algunos buques de la nueva escuadra española. La ciencia estaba a la altura que la del resto de la Europa occidental, y no sólo en avances pedagógicos (la I.L.E.), sino en conocimientos: así, por ejemplo, Castellarnau y Lleopart demostraba la veracidad de las teorías ópticas de Abbe frente a la muy prestigiosa *Microscopical Society* de Londres, y lo demostraba empíricamente mediante el «banco de interferencia y difracción» (había muy pocos en Europa) existente en la Academia de Artillería de Segovia, lo cual demuestra también la altura de conocimientos científicos de los artilleros. También se conocía la «lucha biológica», pero no se pudo evitar que la plaga de la filoxera se abatiera sobre los viñedos españoles en la década de los setenta³³; y sin embargo, ésta sirvió para modernizar el sector vinícola.

De cara a la historia del siglo XX, habitualmente tomado como el *siglo de la lucha de ideologías* (democracia, comunismo, fascismo), habría que replantearla y reformularla como la historia del *siglo en el que el capitalismo dominó el mundo*. El centro decisorio del poder del dinero se fue desplazando a la Bolsa de Nueva York, cuyos negocios abarcaban ya todo el mundo, superando a las de Londres y París, que aún tenían colonias, pero menos capital. Y sabemos bien que, en muchos momentos, el poder de los bancos, de los especuladores, de los *trust* y de las Bolsas ha superado y obstaculizado al poder legítimo de los gobiernos democráticamente elegidos.

Por lo que se refiere a la historia de los EE. UU. habría que revisar los conceptos que algunos europeos mantienen sobre la causa de su Guerra de Secesión (1860-65), que algunos creen todavía que fue acabar con la esclavi-

³³ Véase MARTÍNEZ SANZ, J.L.: «Científicos y naturalistas: una aportación a la historia de la ciencia española reciente», en *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, Madrid, Univ. Complutense, vol. 5, 1984, p. 173; y también «Una aportación manchega a la historia de la ciencia», en *Transformaciones burguesas, cambios políticos y evolución social*, Toledo, Comunidad de Castilla-La Mancha, 1988, vol. I, pp. 287 y ss.

tud de los negros, para orientarse por lo que ya han demostrado muchos historiadores, especialmente los mismos norteamericanos. Aquella guerra tenía como objetivo que los capitalistas del Norte controlasen el Sur y sus numerosos recursos, y a la vez acabar con una sociedad aristocrática en la que pervivían muchos usos y costumbres europeos de tipo cuasifeudal para sustituirla por una sociedad de clases, donde el dinero creaba el poder y elegía a los candidatos a presidente y otros puestos de responsabilidad y decisión en la Administración de los EE.UU. Ese mismo cambio se produciría en Europa en 1918.

Todavía en nuestros días hay historiadores y articulistas que dicen que los presidentes Cleveland y McKinley eran pacifistas, pero que fueron desbordados por una opinión pública belicista, jaleada por los *jingoístas* del Congreso y por los oportunistas que dirigían la prensa amarilla. Según esa interpretación, la culpa de una guerra injusta e impopular en todo el mundo, incluso en los EE.UU., recaería en W.R. Hearst y en J. Pulitzer, dos personajes sin conciencia que, para vender más periódicos y ganar más dinero, azuzaron a sus conciudadanos a la guerra y ganaron su dinero. Pero la verdad es que presidente y gobierno norteamericanos (y los círculos de poder económico y financiero) ya habían decidido la guerra, probablemente en 1894 y con seguridad en 1896. Por eso aceleraron su programa de construcción naval, y aumentaron los efectivos de su Ejército.

También para la historiografía sobre EE.UU. habría que precisar y reafirmar que no fue la conquista del Oeste desde 1848, ni las guerras con Méjico, ni su guerra de Secesión las que construyeron el «sistema americano», y consolidaron la autoestima y su imagen internacional, sino la guerra con España. A pesar que la historiografía norteamericana la defina como «guerrita»³⁴, fue su guerra con España la que mostró al mundo la fuerza y la agresividad de EE.UU. Por eso pudieron arrancar Panamá a Colombia en 1903, intervenir en Méjico en 1910, y en el escenario caribeño comprar a Dinamarca en 1916 (por veinticinco millones de dólares) las Islas Vírgenes, archipiélago formado por sesenta y ocho islas e islotes y enclavado a setenta kms. al E. de Puerto Rico; el recelo de Inglaterra por las actuaciones norteamericanas en la zona tenía una explicación evidente: treinta kms. más al E. están las treinta y seis islas e islotes que todavía hoy son las Islas Vírgenes británicas.

Finalmente, una de las consecuencias de la guerra hispano-cubana-norteamericana es que, con su intervención, los EE.UU. crearon y difundieron el lema de Roosevelt: *Garrote y camino americano*. Esa peligrosa práctica de «la razón de la fuerza» (contra la fuerza de la razón) de la política exte-

³⁴ Así lo explica DÍEZ ALEGRÍA, M.: «La espléndida guerrita de los americanos», en *Revue Internationale d'Histoire Militaire*, n.º 56 (Madrid, 1984), mencionado más atrás.

rior norteamericana inauguró *un estilo* que desde entonces se llamó «política del bastonazo» (*Big stick pollicy*), que es la que han seguido a lo largo del siglo XX: desde desgarrar Panamá de Colombia para poseer y controlar el Canal de Panamá, y con ello el tráfico mundial de mercancías, hasta las intervenciones del *pentagonismo* norteamericano en toda Iberoamérica, las actuaciones en las dos guerras mundiales, las aventuras en Vietnam y Somalia, las injerencias en el Irak de Sadam y los últimos castigos a los talibanes de Afganistán que en estos mismos días están asolando aquel pobre país.

DESPUÉS DE LA GUERRA

¿Qué ocurrió con los militares, tanto jefes y oficiales como soldados, después de la derrota? ¿Qué trato recibieron allí? ¿Cómo fueron recibidos aquí? ¿Pudieron rehacer sus vidas? ¿Cómo actuó el país con quienes habían arriesgado su vida o su integridad por la Patria y por los intereses de los demás españoles?

El Ejército y la Armada fueron los protagonistas y víctimas de los sucesos de 1898: en la historiografía y en la mentalidad social de los españoles se asumió el fin definitivo del papel de «héroes victoriosos» que los Tercios españoles habían merecido durante cuatro siglos de guerras en Europa y de América. Con ello se inició en España una actitud que, tanto en política exterior como en la carencia de autoestima nacional (el «regeneracionismo» de entonces fue el mejor exponente de esa carencia), ha sido definida en la historiografía como *recogimiento*. Pero, en realidad, esa actitud debería ser descrita como *encogimiento*: parecía que los españoles, que durante los siglos XV al XVIII se veían como gigantes de la guerra, amos del mundo y de sus campos de batalla, se empezaron a ver empequeñecidos, como seres inferiores a otros pueblos de Europa y del mundo. Este *complejo nacional de inferioridad* se inició entonces y aún perdura en nuestros días; pero no sólo se pensaba esto en España: recuérdese el famoso discurso en Londres de lord Salisbury³⁵ sobre las «naciones moribundas».

³⁵ Lord Robert Gascoyne Cecil, marqués de Salisbury (1830-1903) y jefe del partido conservador (el famoso partido *tory*) era en 1898 el Primer Ministro de Gran Bretaña. En una intervención que tuvo el 4 de mayo en el Albert Hall (después del desastre de Cavite, en Filipinas), hizo un conocido discurso en el que contraponía —sin nombrarlas— las *naciones vivas* (como EE.UU. y la misma Gran Bretaña) con las *naciones moribundas* (como España, Portugal, etc.). Diputado *tory* y secretario de la India en el gobierno Disraeli; al morir éste (1881) le sucedió como jefe del partido conservador. Presidente del gobierno británico en 1898 (era su tercer gabinete), y a la vez ministro de Negocios Extranjeros (*Foreign Office*), su discurso representaba el punto de vista oficial de Gran Bretaña y la idea de su gobierno en aquellos momentos.

Respecto a los militares, es sabido que en toda guerra —ya sea durante las hostilidades o en el momento del armisticio— una serie de oficiales y soldados dejan de ser *combatientes* para convertirse en *prisioneros* del enemigo. En aquellos días aciagos de julio de 1898, tanto la Capitanía General de Cuba como los miembros del Gobierno español, quedaron sobrecogidos al leer el telegrama del almirante Cervera, prisionero en Annapolis. Y es que en los libros de Historia, en los de tipo jurídico o sociológico, se habla del Ejército o los militares como institución, y se olvida que son seres humanos, con sus personalidades propias, sus grandezas y heroísmos, sus miserias... y su autopercepción (lo que piensan de sí mismos y de su papel en el entorno que les rodea). Estas líneas tratan de aquellos militares españoles de 1898.

Entre los mambises y la prensa

Desde el inicio de las hostilidades en esta segunda y definitiva guerra (1895-1898), que se inició con el *grito de Baire*, muchos combatientes de uno y otro bando fueron apresados por el enemigo, y sufrieron desde juicios sumarísimos y ejecuciones hasta un doloroso y difícil cautiverio. Esto es algo lógico y sabido; pero lo que no es muy conocido es que, cuando las actuaciones militares (desde los Voluntarios de Weyler a las campañas del Estado Mayor) y las medidas políticas (la autonomía³⁶ tardíamente concedida) fueron minando la resistencia de los rebeldes y amenazaban con derrotarles definitivamente, los prisioneros españoles empezaron a estorbar a los rebeldes. Éstos, a los que los españoles llamaban *mambises*, eran rebeldes contra la que consideraban tiranía de España, pero poseían muchos de sus principios morales y virtudes: por eso no quisieron ensuciar sus manos con el crimen de derramar la sangre de sus prisioneros, y en varias ocasiones llegaron a *dar la libertad a sus prisioneros españoles...* con la condición de que no volviesen a luchar contra ellos.

³⁶ Es conocido que, entre diciembre de 1897 y enero de 1898 se cruzaron varias cartas entre representantes del Gobierno español (como, por ejemplo, Marcos García, gobernador de Santa Clara) y representantes de los insurrectos (como el coronel Luis López Marín), que tras la autonomía depusieron las armas. Algunas muestras de esa correspondencia se encuentran en el IHCM, de Madrid, en la colección *Cuba*, legajo 155. Gran parte de estos fondos documentales fueron microfilmados hace años.

Uno de los casos mejor documentados³⁷ es el ocurrido en marzo de 1898, cuando Calixto García escribió una carta a Pi y Margall. En aquella carta, el rebelde cubano manifestaba al anciano senador que le consideraba el *único hombre público (de) España que merece confianza*, y le ofrecía que *con su garantía, y á condición de que oficiales y tropas prisioneros Luisa, que están en su poder, embarquen inmediatamente Península sin empuñar de nuevo armas en Cuba, como han hecho otros, los pondrá en libertad*. A pesar de tan caballerosa actitud y ausencia de crueldad de los cubanos, el Gobierno español no quiso aceptar aquella mediación para tratar con el jefe insurrecto, lo que se había manifestado a Pi y en aquel momento era comunicado al general Ramón Blanco por el ministro de la Guerra.

La prensa, por su lado, no dejaba de hostigar al Ejército, como antes se ha explicado cumplidamente. La prensa española mantenía una dura actitud de crítica y reticencia hacia las Fuerzas Armadas; en realidad, esa postura fue derivando en una grave tensión que algunos periodistas creaban y alimentaban en momentos claves o particularmente problemáticos. Así ocurría a finales de 1897 y principios de 1898. Por su parte, es de todos conocido que la prensa norteamericana, sirviendo a los intereses financieros y estratégicos de los grupos de presión norteamericanos, azuzaba el ambiente para que la República norteamericana declarase la guerra a España. Como es sabido, en esta labor se destacaron singularmente los periodistas Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst: éste era el magnate y auténtico señor feudal en la prensa de aquel país, y su labor de agitación³⁸ no hacía sino expresar los intereses con que los grupos financieros y políticos presionaban al gobierno de EE.UU.

En la primera semana de febrero de 1898, ocurrió algo importante. Como se explicó atrás, el anterior gobierno de Cánovas había sido advertido por EE.UU. de que la presencia de la escuadra española en aguas del Caribe sería tomada por el gobierno norteamericano como un *casus belli*;

³⁷ El caso al que nos referimos se encuentra en el IHCM, colección *Cuba*, legajo 155, expediente (o carpeta) 13, documento n.º 350, con fecha 10 de marzo de 1898. Se trata de un *telegrama cifrado* de Manuel Correa y García, a la sazón ministro de la Guerra en Madrid (en el gobierno de Sagasta, octubre 1897-mayo 1898), a Ramón Blanco y Erenas, Capital General de Cuba en La Habana; éste había sido gobernador de Manila (hasta 1896, en que le sustituyó Polavieja), siendo nombrado jefe del Cuarto Militar de la Reina y, desde la destitución de Weyler a finales de 1897, Capitán General de Cuba.

³⁸ A este tipo de prensa, sensacionalista y tendenciosa (que desde entonces se llamó despectivamente «amarilla»), se le denominaba entonces *jingoiista*: el *jingoi* en los países anglosajones, desde Disraeli, era hacer un alarde de patriotismo excesivo e inútil, al margen de toda ley, verdad y justicia.

sin embargo, el gobierno de Washington puso diecisiete buques en las Antillas³⁹; a partir de aquel punto, la situación fue progresivamente virando hacia la guerra. Las circunstancias son conocidas. Una inoportuna carta que escribió el embajador español en Washington, Enrique Dupuy de Lôme, a Canalejas, y que fue sustraída a éste por el cubano Gustavo Escoto en una visita a La Habana del político español, contenía juicios despectivos y poco respetuosos sobre el presidente McKinley. A raíz de su publicación el 9 de febrero en la prensa norteamericana, Dupuy fue cesado⁴⁰ y sustituido por Luis Polo de Bernabé. Por si fuera poco, el día 15 explosionaba el *Maine*: la prensa norteamericana no necesitaba otra cosa para agitar aún más la situación y pedir la guerra contra España.

Ése era el clima existente en EE.UU. cuando el *Vizcaya* entraba en la tarde del día 18 (¡tres días después de la voladura del *Maine*!) en el puerto de Nueva York, para devolver protocolariamente la visita de cortesía que el *Maine* había realizado a La Habana. Las cosas no estaban para protocolos y cortesías: otra escuadra norteamericana (los acorazados *Olimpia*, *Boston*, *Concorde* y *Raleigh*, y el cañonero *Petrel*) fondeaba en Hong-Kong, preparándose para el asalto de las Filipinas, que por entonces estaban pacificadas, con sus insurrectos vencidos y apresados la mayor parte de sus jefes.

Marinos y militares prisioneros en EE.UU.

El 25 de abril de 1898 el Congreso de los EE.UU. declaraba la guerra a España, tal como había previsto el capitán general Blanco⁴¹, en contra de las palabras de los diplomáticos norteamericanos y de las ingenuas interpreta-

³⁹ Había en aquella escuadra inicial seis acorazados y cinco torpederos. Véase la nota 7.

⁴⁰ PÉREZ DELGADO, R.: 1898. *El año del desastre*. Madrid, Tebas, 1976, pp. 214-217.

⁴¹ El ejemplo más revelador es el extenso *informe* que el capitán general Blanco envía el 27 de marzo de 1898 al Comandante en Jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, en Santa Cruz del Sur, exponiendo el mensaje del presidente McKinley al Congreso de los EE.UU. El informe, de varias páginas, está clasificado en el film n.º 152, leg. 155, exp. 20. Allí señalaba Blanco que, a pesar de las declaraciones oficiales favorables a España, el gobierno americano mantenía connivencias e intereses con la Junta revolucionaria (cubana) de Nueva York, a la que trataban de convencer de que, lejos de aceptar y someterse al gobierno autonómico, los rebeldes debían por el contrario mantenerse en armas algún tiempo más, para conseguir, por medio de aquella anunciada intervención [de EE.UU.], su independencia (Sobre la Junta, véase PÉREZ DELGADO, *ob.cit.*, p. 190).

ciones del embajador Dupuy de Lôme⁴². Recuérdese que Blanco ya había afirmado que *sin la malévola intervención de los EE.UU., la guerra estaría ya terminada o a punto de terminar*. Hasta ese momento, la prensa española se hacía eco de los actos protocolarios del Vizcaya en Nueva York, por un lado, y del espíritu exaltado y bravucón de ciertos ambientes peninsulares, por otro. En este último sentido, todos recordamos aquella famosa coplilla: *Colores de sangre y oro / tiene la hispana bandera: / no hay oro para comprarla / ni sangre para vencerla...*⁴³

Todos sabemos cómo se combatió en la isla y de ello fue testigo hasta el mismo Churchill⁴⁴; en el combate de El Caney murió incluso el general Vara del Rey y, como señaló el general Shafter a su gobierno, los españoles resistieron bravamente en proporción de uno por cada once norteamericanos, con un armamento inferior en calidad al estadounidense. Por entonces apareció un comentario algo irreverente: *A veces Dios ayuda a los malos cuando los buenos son menos*. Pero lo más dramático, similar a lo ocurrido el 1 de mayo anterior en Cavite (a las puertas mismas de Manila), se produjo el 3 de julio en la batalla naval de Santiago, cuando la escuadra española salió a mar abierta para tratar de salvar sus naves y burlar el bloqueo de los acorazados norteamericanos de Sampson. A pesar del heroísmo de los marinos españoles, en pocas horas la flota fue aniquilada y el almirante

⁴² Enrique Dupuy de Lôme era el embajador de España en los EE.UU. Su telegrama cifrado a Segismundo Moret, ministro de Ultramar, fechado el 17 de diciembre de 1897, decía que en conversación privada con Day, Secretario de Estado y que hablaba en nombre del Presidente, había sido informado de que, tras el cambio de gobierno español (por el asesinato de Cánovas), *había cambiado la política del Presidente de la República y no había motivo ni para la intervención ni la mediación, limitándose hoy a esperar que dé resultado la política adoptada por el Gobierno de S. M.* Este documento tiene el n.º 129 del legajo 155, expediente 20.

⁴³ Recogida por Manuel Díez Alegría en «La espléndida guerrita...», *ob. cit.*, p.40.

⁴⁴ PABÓN Y SUÁREZ DE URBINA, Jesús: *Días de ayer. Historias e historiadores contemporáneos*, Barcelona, Alpha, 1963, p. 145, refiere que sir Winston Churchill, entonces joven oficial británico recién salido de la academia de Sandhurst, deseando conocer la realidad de la guerra no vio otro conflicto que la guerra hispano-cubana. Por ello, pidió y obtuvo ser agregado a las fuerzas españolas: formó parte de la columna del general Suárez Valdés. Como recompensa a sus servicios, obtuvo una Cruz al Mérito Militar con distintivo rojo, que lució con orgullo durante toda su vida. En una ocasión le preguntó al teniente coronel Benzo por qué España, tan lejana, se empeñaba en una guerra tan costosa y sangrienta; Benzo le contestó que tenía que hacerse así porque se trataba de defender un pedazo de la Patria. Y Churchill reflexionaba: *Entonces comprendí la razón de los españoles, y sentí por ellos una gran piedad*. Véanse también PÉREZ DELGADO, p. 162, y Díez Alegría, p. 22. Sobre la guerra es particularmente interesante la obra de FONDER, Philip S.: *La guerra hispano-cubana-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano*. Madrid, Akal, 1975; en lo que aquí nos ocupa, véase el vol. I (1895-1898).

Cervera abandonó el *María-Teresa* cuando era pasto de las llamas, y tras llegar a nado a la playa fue hecho prisionero y conducido al *Iowa*, donde le rindieron honores por su comportamiento en la batalla; respecto a las bajas españolas, sobre unas dotaciones de dos mil doscientos veintisiete hombres hubo trescientos veintitrés muertos y ciento cincuenta y un heridos⁴⁵, y el resto cayó prisionero. En contraposición las bajas norteamericanas fueron inexistentes: un muerto y diez heridos.

Los prisioneros españoles fueron llevados a la academia naval que la Marina norteamericana tiene aún en Annapolis (Maryland). Se iniciaba para ellos un cautiverio tan duro que el 13 de julio se recibía en la Capitanía General de La Habana un telegrama del almirante Cervera, procedente de Portsmouth (Virginia) que decía:

*General en Jefe Habana. Recibido cable V.E. que agradecemos mucho. La gente desembarca aquí donde permanecerá, quedando con ella cinco oficiales de guerra, dos médicos, dos capellanes, un guardiamarina. Los oficiales seguimos a Annapolis, donde nos reunirán. Como todo absolutamente lo hemos perdido, necesitamos unos sesenta mil duros oro por el momento. Pascual Cervera*⁴⁶.

A la tristeza y la frustración que produce la derrota, aquellos oficiales tenían que sumar la carencia y la miseria. Sin embargo, inmediatamente se les enviaron fondos para paliar sus necesidades, especialmente en lo referente a alimentación y ropa; es bien sabido que en las cárceles norteamericanas no eran éstas suficientes en aquellos tiempos, y que sólo el dinero podía remediar esas carencias. El 15 de julio, sólo dos días después, el general Blanco comunicaba al ministro de Marina: *Les he girado por cable 50.000 dollars*.

Como es bien conocido, y para no prolongar la guerra y la pérdida de vidas, el 18 de julio de 1898 el gobierno español pidió el armisticio. Tras un *Protocolo* firmado en Washington el 12 de agosto, y unas conversaciones iniciadas en octubre, el 10 de diciembre se firmaba en París el tratado de paz (un verdadero *diktat*, como ya entonces se dijo). En España quedaba la amargura de la derrota, la conciencia de la humillación y del desastre; en el Ejército, junto con el trauma del fracaso y el análisis de las responsabilida-

⁴⁵ Para las bajas españolas, véase la nota 19; para las bajas norteamericanas, los datos están recogidos en la página 32 del artículo de Díez Alegría.

⁴⁶ IHCM, legajo 105 (rollo 28).

des, quedó la conciencia del abandono por parte de los poderes públicos y de la opinión popular, así como la convicción de que la insolidaridad nacional quería descargar sólo en los militares la responsabilidad del «desastre». Desde agosto, la Capitanía se dispuso a preparar la evacuación o reembarco de oficiales y soldados hacia España, puesto que la de los funcionarios y miembros de organismos civiles sería inmediatamente posterior; para ello se pedían barcos españoles. Pero a partir de mediados de mes, cuando se empezó a temer el desenlace final y sus consecuencias tanto políticas como sociales, en el Ejército arreciaron las críticas. El 6 de septiembre enviaba Blanco un telegrama al ministro de la Guerra:

*¿Ha meditado V.E. y Gobierno el paso decisivo que va a dar? ¿Está V.E. y Gobierno resueltos a unir sus nombres a los de la pérdida de Cuba, de nuestra influencia en América, descubierta por España? Mientras más días pasan, más hondo es el pesar que causa en el ejército la próxima evacuación de esta isla. Quizá estemos todos ofuscados, pero yo ruego al español, al compañero, al amigo que lo piense todavía: si hemos de perder Cuba, que sea peleando y escribiendo una página gloriosa en nuestra Historia. Pido perdón si he hecho mal en hablar a V.E. así en gracia a mi buen deseo. Blanco*⁴⁷.

Pero todo era ya inútil, pues diez días después la Reina Regente firmaba el decreto que suponía la pérdida de Cuba: *Se autoriza al Gobierno para renunciar a los derechos de soberanía y para ceder territorios en las provincias o posesiones de ultramar, conforme a lo estipulado en las preliminares de paz convenidas con el Gobierno de los EE.UU. del norte de América*⁴⁸. A aquellas alturas del año no quedaba sino negociar en lo posible la paz, canjear los prisioneros y preparar la vuelta a España.

Sabemos quiénes y cómo negociaron el tratado de paz, qué estipulaciones contenía, etc. También conocemos las *bajas*, que realmente fueron pocas: el Ejército tuvo en Cuba cerca de doscientos mil hombres entre 1895 y 1898, de los que regresaron menos de la mitad. De la otra mitad, la mayoría había muerto a causa de las enfermedades, y algunos se quedaron allí después de la independencia esperando iniciar una nueva vida. Las bajas

⁴⁷ IHCM, leg. 155, exp. 3, n.º 15 (rollo 40).

⁴⁸ El decreto lleva la fecha de 16 de septiembre de 1898, y fue publicado en la *Gaceta de Madrid* (el actual *Boletín Oficial del Estado*) el día 17. En el IHCM se encuentra en el legajo 105 (rollo 28).

propiamente de la guerra fueron pocas; en un documento⁴⁹ del general jefe del Estado Mayor, fechado el 22 de octubre (cuando ya no hay combates, sino armisticio), se hace este balance de bajas en acción de guerra:

EMPLEOS	MUERTOS	HERIDOS
Generales	3	5
Coroneles	2	4
Comandantes	14	20
Capitanes	54	131
Primeros Tenientes	46	134
Segundos Tenientes	77	241
Tropa	3.807	10.406
TOTAL	4.003	10.941

Nota: Todas estas cifras son de bajas en acción de guerra durante toda la campaña (según el documento).

Fuente: IHCM, leg. 155, exp. 13, n.º 344.

Pero lo que suele olvidarse en todas las guerras son los *prisioneros*. En aquel momento, además de los oficiales españoles presos en Annápolis, había marineros en Portsmouth (Virginia, pero situada en la desembocadura de la bahía de Chesapeake, que da acceso a Annápolis), y otros en Atlanta (Georgia), y algunos más dispersos en diferentes lugares. Todos ellos en *condiciones penosas* y de extrema necesidad, aunque no puedan calificarse de inhumanas porque aquella situación era la normal en la época, incluso en los países civilizados y que presumían de defender la dignidad humana (el equivalente de lo que hoy llamamos los «derechos humanos»).

⁴⁹ El documento está en IHCM, leg. 155, exp. 13, n.º 344. En él, hay un *telegrama cifrado* (n.º 627) que el Estado Mayor General de Cuba envía al ministro de la Guerra, en contestación al cable n.º 161 del Ministerio. PÉREZ DELGADO, en su obra citada, p. 381, da cifras similares, pero con un cómputo distinto, afirmando que el número de bajas apenas rebasó el cinco por ciento de los efectivos militares en Cuba. Lo trágico es que, como reflejara RAMÓN y CAJAL en *Mi infancia y juventud*, la mayor mortandad la ocasionaron las enfermedades, en especial el paludismo. De ahí que los españoles no quisieran que sus hijos hicieran el servicio militar, y que las *redenciones militares* (rescate del servicio mediante dinero dado a otro que ocupase su puesto) ascendieron en 1897-1898 a ciento dieciséis millones, ciento setenta y seis mil quinientas pesetas; para valorar esta cifra comparémosla con la de todos los ingresos del Estado en ese período, que ascendió a ochocientos catorce millones, doscientas dieciocho mil ochocientas cincuenta y nueve pesetas.

Tras la firma del Protocolo entre España y los EE.UU. el 12 de agosto, en el que se estipulaba la liberación de los prisioneros, éstos empezaron a ser repatriados y a llegar a la Península. El 15 de septiembre llegó el general Toral con sus hombres al puerto de Vigo, y el día 20 llegaba Cervera a Santander; poco a poco fueron llegando todos. Pero aquellos oficiales y soldados que tan duramente y con tanto arrojo habían luchado durante años contra los mambises, y en la última campaña contra los norteamericanos, no querían volver a casa humillados y avergonzados, ni ser despreciados por la familia, los vecinos y la sociedad. En este sentido el general Blanco envió el 4 de octubre un *telegrama cifrado* muy delicado al Ministerio de la Guerra:

Descifre V.E. por sí mismo.

Aspiración general todas clases este Ejército es desembarcar en la Madre Patria, formado con sus armas y banderas, para disolverse o licenciarse enseguida en la forma que determine el Gobierno de S.M., cuyas órdenes son y serán sagradas para él. De otro modo aparecerán como rendidos o capitulados, cosa para ellos muy dolorosa.

Yo pido a V.E. que acceda á sus justos deseos, como la más preciada recompensa á un Ejército cuyas virtudes militares no pueden ser excedidas ni quizás igualadas por ninguno.

Además, yo creo, salvo mejor parecer V.E., que es muy conveniente para la Nación, para la Reina y para el Gobierno que se vea en España y en el extranjero arribar a nuestros puertos de la Península, como muestra de nuestro poderío militar, un nuevo ejército de más de cien mil hombres aguerrido, bien instruido, perfectamente disciplinado y dispuesto a defender en todo tiempo el honor y la integridad de la Patria.

El prestigio y la fuerza que el Gobierno, y especialmente V.E., obtendría con este acto sería inmenso, tanto como nuestro agradecimiento. Llegar a España en grupos informes de paisanos rebajaría a los ojos del pueblo y del Ejército de la Península a estas bizarras tropas, que vuelven a su Patria tremolando su bandera y con la satisfacción de haberla servido noblemente, perdiendo en su defensa más de la mitad de su efectivo.

El pueblo español, que no ha recibido hace tiempo más que impresiones tristes y el espectáculo de soldados anémicos o moribundos, verá con júbilo, á no dudarlo, desfilar en nutridos Batallones a los que han combatido por su honra en estos ardientes climas.

Por otra parte, el licenciamiento aquí es casi imposible y puede ser peligroso por muchas razones. A mi juicio, sólo debe darse aquí a la tropa una pequeña suma para el viaje, y el resto alcan-ces en la Península punto desembarco, al marchar á sus hogares. V.E. me conoce bien y comprenderá por lo tanto que al dirigir-le esta petición lo hago inspirado solamente por mi adhesión a las instituciones y al Gobierno, que quizás no conocen verdadero estado ánimos ni la lealtad y el desinterés con que vengo sacrificándolo todo en su provecho.

Los momentos son difíciles, y conviene sumar voluntades en vez de restarlas. El millón y medio pesetas diferencia coste vestua-rio, este Ejército las pagaría gustoso. V.E. resolverá, y lo que resuelva será ejecutado puntualmente. Blanco⁵⁰.

Los prisioneros españoles: entre la penuria y el homenaje

Para entender y valorar la penuria y las carencias de los prisioneros españoles en poder de los norteamericanos, reflejadas en el telegrama de Cervera recogido en páginas anteriores, conviene hacer dos comparaciones entre el trato que daban unos y otros a sus prisioneros. La primera comparación es la actitud de los *filipinos* al concluir el sitio de Baler (isla de Luzón, Filipinas), sitio que duró desde el 28 de junio de 1898 hasta el 2 de junio de 1899. Cuando los españoles sitiados en la iglesia del fuerte comprendieron, ¡casi un año después de terminar la guerra y tras resistir un asedio por encima de todo heroísmo humano!, que la guerra había concluido, y después de varios días sin municiones ni comida, obedecieron las órdenes de Madrid y capitularon con el enemigo. Aquellos héroes fueron los únicos que no conocieron la derrota en 1898 y dieron el más digno final posible al Imperio ultramarino que España iniciara en 1492.

A su vez, los filipinos dieron una muestra de gran caballerosidad e hidalguía, muy similar a la de los españoles con los que convivieron y se aculturaron, y Aguinaldo publicó un decreto que merece ser destacado y recordado: su mérito estriba no sólo por lo que dice de los soldados españoles, sino porque nadie volvió a dar otro igual en ninguna parte del mundo:

Habiéndose hecho acreedoras a la admiración del mundo las fuerzas españolas que guarne- cían el destacamento de Baler, por

⁵⁰ IHCM, leg. 155, exp. 3, n.º 15 (rollo 40).

el valor, constancia y heroísmo con que aquel puñado de hombres aislados y sin esperanzas de auxilio alguno, ha defendido su Bandera por espacio de un año, realizando una epopeya tan gloriosa y tan propia del legendario valor de los hijos del Cid y de Pelayo; rindiendo culto á las virtudes militares é interpretando los sentimientos del Ejército de esta República que bizzarramente les ha combatido, á propuesta de mi Secretario de Guerra y de acuerdo con mi Consejo de Gobierno, vengo a disponer lo siguiente:

Artículo único. Los individuos de que se componen las expresadas fuerzas no serán considerados como prisioneros, sino, por el contrario, como amigos, y en su consecuencia se les proveerá por la Capitanía General de los pases necesarios para que puedan regresar á su país. Dado en Tarlak a 30 de junio de 1899. El Presidente de la República, Emilio Aguinaldo. El Secretario de Guerra, Ambrosio Flores.

Los héroes de Baler desembarcaron en Barcelona el 8 de septiembre de aquel año. Pero, a pesar del homenaje de Aguinaldo, aquellos héroes supervivientes fueron calumniados por el mismo Capitán General de Filipinas al llegar a España; sin embargo, tras formarse el reglamentario expediente judicial⁵¹, fueron defendidos y exaltados por su ponente, el general Jaramillo.

La segunda comparación puede hacerse con los mismos *españoles*, que también tuvieron en su poder prisioneros americanos. Tras la llegada de Cervera a Santiago de Cuba a finales de mayo, se situaron frente al puerto veinte buques enemigos, entre ellos seis grandes acorazados; los norteamericanos intentaron ingenuamente forzar la entrada al puerto con uno de sus grandes acorazados, pero Cervera consiguió echar a pique el crucero auxiliar *Merrimac*, apresando a un teniente de navío y siete marineros en la acción. La acción de los marinos españoles dio a la población ciertas esperanzas de victoria. Sin embargo, la realidad era muy otra: el almirante norteamericano, Sampson, había buscado taponar el canal de Santiago con los buques españoles dentro, para que no pudieran salir de aquella ratonera; así lo comunicó a su gobierno:

⁵¹ VIGIL DE QUIÑONES, R.: «España en Filipinas. La muy heroica defensa de Baler», en *Revista de Historia Militar*, n.º 56 (1984), p. 169 y ss. También puede consultarse el Diario de Operaciones en relación con la defensa del Fuerte de Baler, que realizó el segundo teniente D. Saturnino Martín Cerezo, y que se halla en el Archivo General Militar de Segovia.

El día 3 [de junio], a las cuatro de la tarde, logré echar a pique el «Merrimac» en el canal de Santiago. La operación se efectuó con gran arrojo por siete hombres, mandados por el ingeniero constructor naval Hobson. El almirante Cervera, rindiendo tributo a su bravura, me envió un parlamentario para decirme que todos han caído prisioneros de guerra. Dos están levemente heridos. Pidió autorización para arreglar el canje, si es posible, de estos prisioneros con los prisioneros españoles que están en Atlanta. Hay en el puerto de Santiago seis buques de la escuadra española, que no pueden evitar el apresamiento o la destrucción⁵².

Inicialmente, los americanos fueron conducidos al castillo del Morro, que guarda la entrada del canal. De inmediato, el cónsul inglés se hizo cargo de las gestiones humanitarias en favor de estos prisioneros: desde la declaración de guerra, Inglaterra se había hecho cargo de los intereses consulares y privados de EE.UU. Informando de esta actividad, señalaba en un telegrama que no había podido verlos porque *la escuadra americana está ahora bombardeando la población sin ningún previo aviso*. No obstante, cuando consiguió verlos describió la situación de los prisioneros a Mr. Day, Secretario de Estado en Washington:

Hobson está en habitación exterior espaciosa, piso bajo cuartel, con ventana grande mirando hacia la calle. La comida es buena, no se limita a la ración de reglamento e incluye vino, pero faltan algunas cosas por motivo que el bloqueo causa escasez de muchos artículos.

Muchas [veces] me ha repetido lo satisfecho que está con el trato que recibe. Nadie aquí le impide mandar recado a V., pero reglamento de los servicios lo prohíbe. Los marineros están en habitación en el mismo piso, con una puerta grande cuya parte superior tiene varillas de hierro y da hacia el patio del cuartel. Su comida es mejor que la que se da al soldado español, pero la misma escasez causa que la variedad sea muy limitada. Yo les visito con frecuencia⁵³.

Sólo este telegrama muestra ya la diferencia entre el trato que los españoles daban a los norteamericanos y el que éstos daban a sus prisioneros españoles, que para remediar sus necesidades se veían obligados a

⁵² PÉREZ DELGADO, *ob.cit.*, p. 328. Los documentos relativos al oficial Hobson y los siete marineros norteamericanos se hallan en IHCM, leg. 155, exp. 13.

⁵³ IHCM, leg. 155, exp. 13, n.º 246 (rollo 40). El subrayado es del autor.

pedir fondos. Pero hay más: en el Instituto de Historia y Cultura Militar queda constancia de que el día 4, al llegar a sus celdas, Hobson solicitó del mando militar español *dos tendidos de cuerdas para las hamacas de los siete marineros*, que ese mismo día le fueron entregadas. En otros telegramas el cónsul inglés transmitía a Mr. Day que los prisioneros querían saber el estado de las gestiones para su canje, si es que existían y tenían posibilidades de éxito. La respuesta no consta en los archivos, pero es de suponer que fue afirmativa: su canje se concertó para principios de julio, y al solicitar el correspondiente informe del hospital militar donde se les había internado, el director escribía el 6 de julio de 1898: *El oficial americano prisionero puede recorrer a pie una distancia de dos kilómetros; pero me ha hecho presente con la mayor cortesía que agradecería le facilitarán un caballo. Los prisioneros de tropa pueden también ir a pie perfectamente*. Ese mismo día, otro informe señalaba que los prisioneros *fueron cangeados* (sic) En el expediente que sobre este caso hay en el Archivo Histórico Militar de Madrid es curioso observar cómo los periódicos norteamericanos, en especial los antiespañoles, gestionaban ante las autoridades militares españolas para comunicarse con Hobson. Así, el *World* de Pulitzer le escribe el día 8 de junio: *Pueblo entero americano reconoce cortesía oficiales españoles tratamiento Vd., y su arrojo espléndido. Sírvase acusar recibo contando caballeroso consentimiento general Linares, y comunique condición actual Vd. y otros prisioneros a cuenta nuestra*. Hobson, con el permiso del general español, contestó: *Muchas gracias por bondad. Yo y marineros todos bien. Sírvase notificar familias. Espero fervientemente se tomen medidas para canje*. Por su parte, el *New York Herald* hacía similares gestiones buscando publicar la historia de Hobson, por la que le ofrecía dos mil quinientos dólares.

Quizá estas cosas puedan parecer extrañas a los ojos de las gentes de hoy, pero conviene no olvidar dos cosas: la primera, que aquélla era una guerra todavía caballerescas y romántica, en la que aún se besaban por pleitesía las banderas enemigas capturadas, se entregaban las espadas al rendirse, y el mando norteamericano prohibía a su marinería dar vítores en la batalla naval de Santiago porque los prisioneros españoles recién rescatados del mar estaban al borde de la muerte. Si bien es cierto que los políticos norteamericanos fueron más pragmáticos que escrupulosos, no es menos cierto que sus militares actuaron con caballerosidad y respeto hacia los españoles. Y la segunda es que aún no había aparecido por aquellas latitudes aquel invento inglés que conocemos como «campos de concentración», que en aquellos mismos momentos se estaba utilizando en Sudáfrica con motivo de la *Guerra de los bóers* (1898-1902).

Consecuencias morales, sociales y políticas de la derrota

Contra lo que se cree vulgarmente, la labor del historiador no es sólo la de exponer hechos objetiva y sistemáticamente, sino la de hacer interpretaciones de esos hechos y sacar conclusiones sobre las conductas sociales, pues el objeto (y sujeto) de la Historia es el «hombre en sociedad».

Todo lo señalado hasta aquí es una breve exposición de hechos y circunstancias que ponen de manifiesto que en 1898 la sociedad y los políticos tenían una imagen erosionada del Ejército. Este hecho supone un clima social respecto a las Fuerzas Armadas, un colectivo o grupo sociopolítico de gran importancia en todo Estado. Sin embargo, en este trabajo no hay espacio suficiente para formular adecuadamente esa enseñanza y sacar las conclusiones que implica; por eso sólo intentaremos esbozar unas vías o pautas que permitan entender la importancia de ese hecho.

La sociedad española, nuestra comunidad nacional, había pasado de la alegría al estupor, de las exaltaciones bravuconas a la toma de conciencia de la dura realidad. Ya no se cantaban coplillas como la reseñada en páginas anteriores. Manuel Ramos Carrión reflejaba aquella sensación en su poema *La Bandera: Hoy desmayada y triste / con humildad se pliega, / amarilla de rabia / y roja de vergüenza. / Los que así la ultrajaron / los que así la desprecian, / los que así la deshonoran, / ¡malditos sean!* Si el 1 de mayo, un Sagasta cansado por la tensión de una noche en vela esperando noticias de Cavite veía a las gentes bajar bulliciosas a la corrida de toros, ajenas a la catástrofe que se abatía sobre Filipinas, el 16 de agosto —por el contrario— reflejaba Francisco Silvela la sensación nacional de hundimiento y desánimo en su famoso artículo *Sin pulso* (publicado en *El Tiempo*): este artículo suscitó muchas controversias e inició las polémicas periodísticas —luego parlamentarias— en las que los defensores del Ejército acusaban a la Marina, y viceversa.

En aquella hora de frustración, cuando España tomó conciencia del desastre militar y político que supuso la derrota y pérdida de Cuba y Filipinas, todos buscaron culpables, chivos expiatorios a los que sacrificar en el altar de la venganza y de la cólera nacional. La dinastía se salvó, porque antes de que se produjeran toda la serie de errores y despropósitos que se dieron antes, durante y después del desastre militar, la Reina ofreció el poder al partido que fuese capaz de vender Cuba y evitar la guerra: nadie lo aceptó... pero la Regente quedó exenta de culpa. Los políticos se salvaron porque eran ellos los que vociferaban y señalaban posibles culpables, y ninguno de ellos se acusó de la tardía concesión de autonomía a Cuba, ni de la crueldad innecesaria con rebeldes dialogantes como Rizal. Mientras los

periódicos continuaban hostigando a quienes siempre habían maltratado, a los militares, ni los ex-ministros ni los políticos quisieron asumir los errores como propios.

Sólo quedaban el Ejército y la Armada. Para salvar responsabilidades, los generales y altos mandos argumentaban haber obedecido órdenes concretas, lo cual —además— era cierto. Se formaron expedientes y consejos de guerra para depurar responsabilidades. Desde septiembre, uno a uno fueron pasando militares por un interrogatorio severísimo a la par que por la vergüenza pública: el general Toral, que fue declarado inocente, sufrió tanto que murió loco; con Cervera nadie se podía meter, porque había obedecido órdenes a pesar de haber advertido sobre la inutilidad de su acción. Sólo se cebaron en el contralmirante Montojo: fue encontrado culpable del desastre de Cavite, separado del servicio por negligencia y condenado al desprestigio.

En septiembre Canalejas trasladó al Congreso estas escaramuzas verbales; sus intervenciones y las del exaltado conde de las Almenas⁵⁴ provocaron la ira y las respuestas durísimas de Polavieja, así como los telegramas de cinco generales que aún no habían regresado a España. Weyler rompió entonces su silencio para defender a sus compañeros, y cuando se discutía en el Congreso sobre las responsabilidades de los militares en la pérdida de Cuba, se dirigió a Montero Ríos y le espetó: *Si esas responsabilidades no resultan y nadie defiende a los generales, los generales se tomarán la justicia por su mano*. Aquellas duras palabras de Weyler evidenciaban algo muy peligroso para España: el claro enfrentamiento del Ejército con el poder civil, y viceversa.

La amarga lección que los militares aprendieron de lo ocurrido en 1898 fue doble: por un lado, los que entonces eran los hijos más disciplinados de España habían sufrido no sólo las penalidades de la guerra y del cautiverio, sino que tenían que soportar las críticas y el castigo en la paz. Por otro lado constataron que socialmente estaban solos, y recibían todos los palos sin poder protestar y, encima, obedeciendo. Ese divorcio entre Ejército y sociedad, o entre Fuerzas Armadas y políticos mostró a los militares que sólo tenían a su favor el *recurso a la fuerza*. Como es lógico, el factor humano de aquellos profesionales tenía un límite concreto de aguante: tal y como lo había formulado Weyler, tras sufrir las penalidades de la guerra, las injusticias de la paz y la injuria social, los militares empezaron a no tolerar más ataques y a organizarse para defender sus intereses como colectivo social.

⁵⁴ Véase el *Diario de Sesiones del Congreso* del 12 de septiembre de 1898.

El «recurso a la fuerza» en la vida nacional quedó entonces formulado; después se iría llevando a la práctica. A raíz del chiste de *Cucut* en 1905, y el consiguiente asalto a su redacción, consiguieron la *Ley de Jurisdicciones* (1906). Años después, por acontecimientos en tiempo de la I Guerra Mundial, impusieron las *Juntas militares* (1917); más tarde, la ineficacia de la vida política y la aparición del terrorismo llevaron al «pronunciamiento de guante blanco» de Primo de Rivera (1923). Menos de una década después, el recurso a la fuerza se tradujo en dos golpes de Estado frustrados: uno republicano o izquierdista, para derribar a la monarquía (el de Fermín Galán, Jaca 1930), y otro monárquico o conservador, para restaurar la monarquía (el de José Sanjurjo, Sevilla 1932). Pocos años más tarde, tras el duro enfrentamiento con otro «recurso a la fuerza» de carácter revolucionario (la revolución de Asturias, 1934), llegaría el alzamiento de un tercio del Ejército en torno a Mola y Sanjurjo (1936).

La conclusión de esta enseñanza debería ser clara y evidente para todos: ni se puede ni se debe injuriar ni menospreciar a una institución como las Fuerzas Armadas, y mucho menos cuando se muestra eficaz y cumple disciplinadamente las órdenes recibidas. Por otro lado, si la mentalidad social (el pensamiento colectivo) está llena de prejuicios antimilitaristas, es que esa sociedad no sólo es ignorante e injusta, sino que funciona mal. Además, al igual que unas campañas de prensa pueden crear un prejuicio «*anti*», otras campañas pueden crear uno «*pro*»; todos sabemos cómo se hacen las primeras, pero el problema es que nadie quiere ordenar ni costear las segundas.